

Jens Christian Grøndahl  
A VECES ESTOY CONTENTA,  
PERO TENGO GANAS  
DE LLORAR

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

A veces estoy contenta, pero tengo ganas de llorar

Cita

Ahora tu marido también está muerto...

Notas

Créditos

## Sinopsis

Cuando Ellinor, a los casi setenta años, vuelve a quedarse viuda, decide que ha llegado el momento de ajustar cuentas. Al menos con Anna, la que fuera su mejor amiga, y con cuyo marido Ellinor se casó. Y quizá, también, ha llegado el momento de volver la vista atrás y reconsiderar algunas decisiones que tomó en el pasado. Lo hará en una larga carta dirigida a esa gran ausente, Anna. Desde el presente —sus hijastros, las mujeres de éstos y los nietos; el cambio de casa, que no es sino un regreso a sus orígenes, a barrios más humildes—, Ellinor va remontándose hasta su propia infancia y hasta su madre, quien vivió una hermosa pero arriesgada historia de amor que la marcó, a Ellinor y a su madre, hasta límites insospechados.

**A VECES ESTOY CONTENTA,  
PERO TENGO GANAS DE LLORAR**

Jens Christian Grøndahl

Traducción del danés de Juan Mari Mendizabal

TUSQUETS  
EDITORES

A veces estoy contenta,  
pero tengo ganas de llorar

A veces estoy contenta, pero tengo ganas de llorar;  
Porque ningún corazón comparte mi alegría.  
Muchas veces estoy triste, pero debo bromear,  
Pues no quiero que nadie me vea llorar.

B.S. INGEMANN

Ahora tu marido también está muerto, Anna. Tu marido, nuestro marido. Me habría gustado que yaciera junto a ti, pero tienes vecinos, un abogado y una señora que enterraron hace un par de años. El abogado llevaba tiempo allí cuando llegaste tú. Encontré una tumba libre para Georg en la calle siguiente; desde tu tumba se ve la parte trasera de su lápida. Me decidí por la caliza, a pesar de que el cantero me dijo que no aguantaría a la intemperie. ¿Qué más da? No me gusta el granito. Los mellizos habrían preferido el granito, en eso estuvieron de acuerdo por una vez. El granito es demasiado pesado, y nuestro Georg se quejaba de una presión en el pecho. Seguramente deberíamos habérselo tomado más en serio, pero él le quitó importancia. Primero se quejaba, y cuando querías que te hablara de sus preocupaciones, te rechazaba. Así era Georg.

Se desplomó en la ducha. Enseguida supe que algo iba mal, o tal vez no me lo pareció hasta después. Jadeaba, y se me hacía extraño manipular su pesado cuerpo mojado. Siguió inconsciente mientras lo metía en la cama. Cuando llegó la ambulancia, todo había terminado. Georg no había cambiado nada: estaba mayor, pero seguía siendo atractivo. Tumbado boca arriba, la tripa no abultaba tanto. Tú nunca llegaste a verlo así. Setenta y ocho años tampoco son nada del otro mundo, ¿verdad? O setenta, para el caso. Podrías haber sido tú quien se lo encontró sobre las baldosas bajo el chorro de agua caliente. Normalmente, habrías sido tú. ¿Está bien dicho así? Georg siempre pasaba mucho tiempo en la ducha. Podría haber seguido allí de no habersele reventado una arteria coronaria. Vuestra vida podría haber continuado sin más. ¿Qué sitio habría ocupado yo en vuestra vida? ¿Qué sitio habría ocupado en la mía? Mientras esperábamos a la ambulancia lo acariciaba, pero no sé si él

sentía algo. En algún momento, mientras estaba con él, debió de dejar de sentir. Eso se me ocurrió después. Ya no siente nada. Como si de pronto fuera yo la ausente. La ausencia creció en mi interior como una bola que empujaba todo el aire hacia afuera y me ahogaba. Nunca me he sentido tan sola. Porque estamos acostumbrados a que la realidad se corresponda con lo que pensamos y sentimos. La muerte encierra a los vivos, la realidad es nuestra enemiga a largo plazo.

Al día siguiente del entierro, regresé al cementerio en bici. Tomé algunos de los ramos de flores y los deposité en tu tumba. Por lo demás, solía llevarte flores solo por tu cumpleaños. Los primeros años te visitaba a menudo, casi siempre sola. A Georg no le gustaba acompañarme, y al final evitaba decirle que había visitado tu tumba. Para entonces, hacía tiempo que había dejado de preguntar por qué no quería acompañarme. Creo que nunca te perdonó del todo; pero, si se lo hubiera preguntado, no lo habría reconocido. Porque tal vez yo hubiera interpretado su respuesta en el sentido de que no era capaz de ocupar tu lugar. Era muy considerado, y creo que llegó a sentir mucho cariño por mí. Vamos, que pasaron los años y llegamos a hacer buena pareja, sencillamente porque vivíamos uno al lado del otro. Cuando somos jóvenes, subestimamos la fuerza de la costumbre, y subestimamos también su misericordia. Extraña palabra, pero escrita ha quedado.

Cuando te fuiste, nunca pensé que tuviera que perdonarte. No tiene mucho sentido perdonar o no perdonar a una piedra, sea de caliza o de granito. Cuando tu vida, cualquier vida, termina, se reduce a un puñado de hechos. Fue. Sucedió esto y lo otro, y sobre eso se puede pensar lo que se quiera. Tú te acostabas con el marido de tu mejor amiga, y dejaste que te llevara a la muerte. Eso último no entraba en vuestros cálculos, claro. Al principio me preguntaba qué habrías pensado hacer. ¿Habrías propuesto que cambiáramos las parejas, sin más? Son cosas que ocurren.

En la época en que todavía reflexionaba sobre mis preguntas sin respuesta, llegaba a la conclusión de que seguramente no habrías pensado hacer nada.

Cuando una no está enamorada, puede resultar difícil imaginarse lo poco que piensan los enamorados en el futuro y en otras personas. Están rodeados de su felicidad, que se expande en todas direcciones. Cada momento de felicidad no quiere dar paso al siguiente y al siguiente. A los enamorados les basta con el rostro del otro y el cuerpo del otro, y con los extraños celos de los que también yo guardo un vago recuerdo, aunque hace mucho que no estoy enamorada. No sientes celos porque haya rivales o porque pueda haberlos; antes de esos celos, sientes otros que se refieren solo al hombre que amas. Sientes celos del cuerpo de él, porque está más cerca de sus pensamientos de lo que nunca estarás tú.

No, no te has imaginado nada acerca de mí o de Georg, y menos aún que un día yo fuera a estar junto a tu tumba con tu marido y vuestros mellizos. Porque solo había una tumba junto a la que estar. Durante todos estos años, la misma idea inoportuna me asalta de vez en cuando. ¿Y si Henning está vivo en alguna parte? La mente no puede concebir la idea de que alguien desaparezca sin más, ocurre como con la idea de infinitud: que tampoco puede imaginarse. Pero allí estábamos, Georg, los mellizos y yo. Comprenderás que no sintiera ningún deseo por él durante bastante tiempo.

Los mellizos no dejan de criticarme últimamente. Será porque soy demasiado brusca, demasiado mandona. Puede que sea un poco insensible sin ser consciente de ello; pero, por otra parte, creo que son de lo más sentimentales. Claro que respeto que estén tristes por su padre, yo también lo estoy. ¿Por qué siento la necesidad de decirlo? Creo percibir en ellos una duda. Es que no entiendo por qué tengo que custodiar el hogar de su infancia, ahora que Georg ya no está. Mirar los muebles, comprobar que están en su sitio, quitar el polvo. Por supuesto que podría haber esperado un año, dejar que pasara el aniversario de la muerte de Georg y no decidirme hasta más tarde; pero, en el fondo, ¿por qué? Ninguno de ellos ha pensado volver allí, y Georg está igual de muerto pasadas tres semanas que dentro de un año. No lloré en el entierro, tal vez duden por eso de mis sentimientos. Ya había

llorado bastante. Después de regresar a casa del hospital, pasé la tarde-noche llorando, hasta que me quedé dormida en el sofá sin haber encendido ninguna lámpara. No podía tumbarme en la cama, pero no era a causa de él. No era porque acabara de morir en aquel lecho; y la prueba es que las primeras semanas no cambié la ropa de cama. Me acosté con las mismas sábanas y la misma funda de edredón hasta que ya no percibí el olor de él. Es una de las cosas de las que me habría gustado hablar contigo: el olor de Georg. ¿Cómo se puede conocer tan bien algo sin tener palabras para describirlo? Su olor es un hecho en mi memoria, y ahí queda, sin describir. Existía, pero ya no, excepto como un recuerdo sin palabras.

Pero tus hijos deben de pensar que soy dura. ¿Por qué no se les ocurre pensar que estoy conmocionada? ¿No te parece, Anna, que estoy conmocionada? El problema es que no es adecuado que lo diga yo. ¿Quién, estando conmocionado, tiene energía para buscar el número de teléfono de una inmobiliaria? El problema para ellos consiste en que telefoneé a la agencia inmobiliaria y puse la casa en venta antes de que el albacea testamentario hubiera enviado a un tasador. Es lo del orden de los factores. Como sabes, nunca ha sido mi fuerte. ¿No se suele decir que es indiferente? Quién fue la primera en amar a uno u otro hombre. Hubo amor, eso es lo esencial, por emplear una de las expresiones favoritas de Stefan. Es extraño lo diferentes que se han hecho Stefan y Morten; parece mentira que sean mellizos.

Hubo amor. ¿Ya no lo hay? Sí que lo hay, el amor no muere con el hombre, pero ¿cuánto tiempo puede ondear en solitario, extenderse por la sala vacía en busca de las motas de polvo que cuelgan de un rayo de sol? El recuerdo de un sentimiento ¿cuándo deja de ser un sentimiento en sí? Yo te quería, Anna, y mi amor era más fuerte que mi enojo. Ninguna de nosotras lo supo nunca. Llegué a amar a Georg en tu lugar, cosa que tampoco creí jamás que podría hacer; pero ¿seguir viviendo en las habitaciones donde él ya no está? Por alguna razón, suena impensable; y me gustaría saber por qué.

Hasta que lo averigüe, lo esencial es que el otro día estábamos reunidos

con la albacea testamentaria y noté, ¿cómo lo diría?, la contenida ¿indignación?, ¿decepción?, de tus hijos. En cualquier caso, una precaria mezcla de sentimientos flotaba en torno a la larga y brillante mesa. Una mujer vestida con traje sastre, más o menos de la misma edad que ellos, con gafas de empresaria delante de los ojos maquillados. Creo que a Morten le pareció sexy. Como no se ha convertido aún en un burgués de verdad, creo que tiene una secreta debilidad por exactamente esa feminidad autosuficiente y fría. Stefan, por su parte, no se dejó afectar; actuó, como de costumbre, con formalidad y rectitud, algo propio de quien trabaja en un banco. Uno de tus hijos es ahora asesor de Bolsa, Anna, otra cosa que no creo que hubieras imaginado. El otro es profesor de historia del arte, cosa que debe de resultarte más cercana. Quizá los grandes ojos vigilantes de la albacea lo hicieran pensar en *La joven de la perla*. Allí estaba yo, inmersa en mis pensamientos, cuando me llamaron al orden. ¿Había puesto la casa en venta? Era la abogada la que preguntaba, y ya sabes cómo es cuando una observación se formula como una pregunta. No, ya no lo sabes, claro, no sabes nada, y no tienes orejas para oír nada de lo que te estoy contando. Tus bonitas orejas de lóbulos encendidos tampoco existen ya.

Es absurdo que me dirija a ti, pero, si no lo hago, va a ser como si yo misma no fuera más que un hecho, como una piedra, nada más. Como si lo que veo ante mí no tuviera nada que ver con lo que pienso y siento. Y llevo casi cuarenta años viéndote ante mí, Anna. Te has detenido allí, no has envejecido ni un día. Te has quedado rezagada. Pero se me secó la boca, me sentía culpable antes de que nadie me hubiera acusado. Por supuesto que iban a recibir su parte de la herencia, empecé, y me atasqué al ver la mirada de Stefan. Se inclinó un poco hacia delante, y vi aparecer y desaparecer cinco manchitas de vaho donde las yemas de sus dedos se habían apoyado en la mesa reluciente. Levantó una mano, como para apaciguar la cólera que de ninguna manera debía percibirse en su tono de voz. Podríamos haber hablado de eso; por supuesto que podía seguir viviendo en mi casa todo el tiempo que

quisiera, y si era por el dinero... Siempre podríamos hablar de ello, repitió, y se giró hacia Morten, que se limitó a asentir con la cabeza.

La abogada dijo algo sobre propiedad indivisa, y me puse a pensar en la sábana, en el edredón y en las almohadas, en el fino algodón de las fundas, que ya no conservaban el olor de Georg. Hora de cambiarlas. Durante unos interminables segundos de extrema soledad, sentí una vez más que me hinchaba e hinchaba hasta casi reventar, comprimida y sin aire, y tuve que aferrarme a los brazos del sillón. Me sucede cuando menos lo espero. Sería un eufemismo pensar que estoy de duelo. Es el duelo el que está en mí, esa bola informe que crece sin freno. Me llena, me comprime por dentro y me hace boquear en busca de aire, y nadie lo entenderá hasta que un día pierdan a alguien que les era querido y sientan la presión. Esa masa informe, creciente. Es cierto, una ya no es la misma.

Miré fijamente a la abogada y me concentré en no pestañear mientras decía que ya no era relevante. Lo de la propiedad indivisa. Dije que había encontrado otro sitio para vivir y que me mudaba a principios de mes. Nadie dijo nada. Oí a los indios sudamericanos tocando la flauta allá abajo en la plaza del Ayuntamiento. *El cóndor pasa*. No sé cuánto tiempo estuvimos callados, sin movernos, como en la capilla, tres semanas antes, cuando esperábamos a que empezara el final.

En verano, si no llovía, Georg y yo solíamos ir en bicicleta a visitar a Stefan y Mie. No era porque Georg no hiciera ejercicio. La casa de ellos está al otro lado del pantano y de la escuela de equitación, y hay que bajarse de la bici y empujar parte del camino. Es una vaguada sombreada de vegetación incontrolada en medio de la uniformidad de las urbanizaciones cercanas. Cuando iba sola, me gustaba pararme a observar los caballos en el redil. Las

líneas del cuerpo de un caballo y ese modo que tiene su piel de reflejar el sol siempre me han alegrado más de lo que justificaría el hecho de verlo.

La casa de Stefan y Mie es más grande que la nuestra, por supuesto, y está en una zona residencial mejor. Digo que por supuesto porque durante toda mi vida la gente ha creído que las cosas solo podían ir a mejor. Un asesor de Bolsa gana más que un agente de seguros, y a Georg debía de parecerle bien. Es un campo en el que el orden de los factores tiene su importancia. De rico a más rico, parece lógico. El proceso inverso, no tanto; pero Stefan y Mie ni piensan en ello, porque dan su éxito por descontado. Es decir, se lo toman con naturalidad. Nosotras nacimos justo después de la guerra, y nuestro caso es diferente. Llevamos un recordatorio cosido a puntadas finas en nuestro lóbulo frontal: *nunca más pobres*. De todas formas, una no puede dejar de preguntarse si, una vez conseguido todo, tener mucho dinero se ha convertido en la meta de su vida, y el «mercado», en su religión. Sí, me he hecho comunista en la vejez, lo siento. Soy la última comunista de Europa. No comprendo que los ricos no puedan liberarse de su riqueza. Porque Mie tiene que ir a la panadería en su Range Rover para estar segura de que la gente del barrio sabe que tiene uno.

Me extrañó que compraran la casa tan cerca de nosotros. Yo, en su lugar, me habría establecido en la otra punta de la ciudad. Georg se puso loco de alegría, pero su contento duró poco. Porque no los veíamos más por esa razón; y me miró con sincero asombro cuando le conté lo que me había dicho una señora en la piscina. La familia de la esposa siempre es la favorita, me dijo, y el marido se relaciona más con ellos. En el caso de Stefan y de Mie era cierto. Y creo que, de hecho, para ella la compra de la casa fue, de alguna manera, una compensación anticipada. Solo hemos estado cerca en sentido geográfico. Y pensar que decidí ser la suegra simpática cuando Stefan vino a decirnos que iban a casarse... He conocido a Mie durante diecisiete años, y nunca hemos cruzado más que banalidades. No puedo decir que me caiga mal, y tampoco creo que ella tenga nada contra mí, pero mentalmente nunca se ha ido de casa.

Sus padres siguen siendo el rey y la reina, y los llama por teléfono varias veces al día. Por el cuarenta cumpleaños de su marido, no fue capaz de leer un discurso sin consultar antes el texto con ellos.

Ya sé, Anna, ya sé que me estoy pasando. Que no es asunto mío. Tú habrías valido más para eso, y no te habría gustado oír lo que te digo, pero ya no hay nada que hacer. Cuando ayer me dirigí a su casa, ya en el camino me daba cuenta de que iba a ser la última vez; aparte, claro está, de las celebraciones de cumpleaños, confirmaciones y Nochebuenas, de las que nadie se libra. No es tanto porque Mie esté tan sometida a sus padres, o porque ellos sean tan engreídos y plebeyos. Sabes que sé de lo que hablo, puesto que soy de clase humilde. Pero ¿por qué crees que Eliot y Franca tartamudean? Son tus nietos, Anna, se llaman así. Stefan nunca ha querido oírme cuando intentaba hablarle de ello. Sus hijos no tartamudean. Lo que pasa es que no pueden decir una frase sin que se les trabe la lengua de nerviosismo por lo que pueda decir mamá, y mamá tiene mucho que decir. Sabe qué es lo mejor para ellos, y hay una confianza enorme entre ella y los niños. Según ella, pueden hablar de todo. A Franca le dio el pecho hasta los cinco años, y ahora que tiene catorce todavía sigue a su madre como una sombra. A veces se las oye tumbadas en la cama y riendo sofocadamente en el dormitorio de los padres.

Mie estaba en plena faena en la mesa de la cocina cuando entré. Me dejó besarla en las mejillas mientras abría los brazos con las manos llenas de masa de *dürüm*. Parecía tener los dedos palmeados. Las pizzas tenían que ser caseras, claro. Después cayó en la cuenta de que, al fin y al cabo, solo era la tercera vez que Georg no me acompañaba, y se apresuró a lavarse las manos. Dudé un poco demasiado antes de entregarme a su abrazo. Está en los huesos: hace un par de años parecía Obélix, pero decidió adelgazar. Para Mie todo es una decisión, un plan. Todas las mañanas atraviesa el barrio de cabo a rabo, corriendo, y si Stefan le pregunta si quiere tomar un vaso de vino, ella responde que prefiere ahorrar esas calorías para otras cosas. Como siempre, fue Stefan quien abrió la puerta. Cuando llegan los padres de Mie, ella sale

corriendo hasta la entrada del jardín. ¿Soy mezquina? Sí, lo soy, pero es por la familia, Anna. Nos empequeñece si nos dejamos medir solo con su vara. Hay que irse de casa. ¿Recuerdas las ganas que teníamos de marcharnos?

La primera vez que estaba sola. Las primeras veces que subía otras escaleras, abría la puerta principal, atravesaba un recibidor extraño y entraba en mi propio cuarto, mío de verdad; era como actuar en una película. Alquilé una habitación en casa de una mujer que vivía sola en Søndre Fasanvej. Me parecía elegante. Y lo era, para alguien que venía de Amerikavej. Mi madre no entendía que me mudase y dejase de vivir con ella para ir a vivir con otra señora sola por la única razón de que esa otra señora no era mi madre. «Tengo dieciocho años», me limité a responder, y ya no dijo nada más. Creo que ocultaba su alivio porque ya no tuviéramos que vivir dos personas en un apartamento de un cuarto y medio, claro que también estaría preocupada ante la perspectiva de tener que hacer frente al alquiler y a los gastos diarios ella sola. Tacañear, regatear hasta un céntimo. Yo trabajaba en una tienda y estudiaba bachillerato por la noche. Tú y yo no nos conocíamos todavía, estaba sola en el mundo, así lo percibía yo, aunque no necesitaba más que un cuarto de hora para ir en bici desde mi nuevo barrio hasta Vesterbro. Seguía siendo mi casa, pero no por ello era un lugar al que deseara ir más de lo estrictamente necesario. Mi madre y yo nos llevábamos bastante bien, pero, después de contarnos lo ocurrido desde la última vez que nos habíamos visto, se hacía el silencio entre nosotras.

Salía poco, no podía permitírmelo. Me bastaba con estar sola en mi cuarto después de cenar, leyendo o escuchando la radio, con el volumen muy bajo para no molestar a la patrona. Nunca conocí mayor libertad que en mi habitación alquilada de Søndre Fasanvej aquel otoño de 1963. Los domingos iba al Museo Estatal de Arte, sobre todo porque no sabía qué otra cosa hacer. Nunca había visto cuadros, pero los pintores se convirtieron en mis amigos; sobre todo los que pintaban algo que yo conocía, aunque fuera medio siglo antes. Pescadores y campesinos, la gente de la calle o, sencillamente, los

bosques y los surcos de arado en zonas rurales, la vista de un prado ondulado o de una huerta. Cuando estaba en una sala del museo y me olvidaba de mí misma, me parecía oír el viento en las copas de los árboles y el pesado tictac de un reloj de péndulo. No pensaba para nada en si ver obras de arte era algo culto o de buen gusto: me gustaba, y punto. Creo que fue así como se encarriló la vocación de Morten, y ahora no hay cosa que él no pueda contar sobre el Renacimiento y el Barroco. Recuerdo la primera vez que lo llevé a la Gliptoteca. Estuvo un buen rato ante el *Bebedor de absenta* de Manet, hasta que preguntó si una de las piernas del hombre era de goma. Y era una buena pregunta, si se observa el cuadro con atención.

Como siempre, Morten estaba atareado en complacer a Mie haciendo el papel del familiar solícito cuando está de invitado. Puede ser algo lisonjero, y eso le sienta mal, sobre todo cuando se esfuerza tanto en contentarla. Hay veces que cambia de opinión en medio de una frase, solo para amoldarse a su cuñada. Morten, que por lo demás podía ser tan crítico y quisquilloso con la sociedad en su izquierdosa casa adosada. Había llegado tarde, como de costumbre. También él ha tenido que acostumbrarse a venir solo, junto con Thea. Franca sintió un alivio evidente al ver que iba a poder cuchichear con su prima. Aquella semana le tocaba a Morten tenerla en casa. Antes de navidades, creyó estar enamorado de una colega de la universidad, pero en Semana Santa aún no estaba preparada para dejar a su marido. Entretanto, a él su esposa lo puso de patitas en la calle. Tal vez estuviera enamorado de verdad, tal vez tuviera que pasar lo que pasó, pero ya no es relevante preguntar. Había lo que había, y es lo que hay. Su ex se llama Masja; pero ¿de qué te valen todos estos nombres? La vida continuó sin ti, los años han pasado como un tren expreso con las ventanas llenas de caras nuevas. Ni siquiera estoy segura de que fueras a reconocer a tus chicos. Acababan de empezar en la escuela. ¿Te habías llegado a imaginar cómo iba a ser su vida de adultos?

Si pudieras ver la casa de Stefan y Mie, seguro que te sentirías más que satisfecha. Todo es blanco y negro, y han demolido las paredes de la planta

baja para instalar una cocina que parece la sala de control de una central térmica. Por tanto, puedes esparcirte por una mesa de medio kilómetro de largo o desaparecer en uno de los sofás, que son del tamaño de un minibús. Entre ellos hay una mesa baja hecha de madera de deriva con una superficie de cristal encima, y, sobre ella, una hilera de fotos de los niños con y sin sus padres, en sólidos marcos de plata. También hay fotos de los padres de Mie. Ella está muy orgullosa de la madera de deriva; dice que posee alma, y seguro que tiene razón. De todos modos, hay algo en la vida doméstica de la casa que me produce aversión. Al entrar, no pude evitar fijarme en Eliot y Franca, tumbados cada uno en un sofá, perezosos como focas tomando el sol, mientras la *au pair* filipina ponía la mesa. Los niños no sabían cómo enfrentarse a mi estatus de viuda, y Eliot habló sin parar de un viaje con la clase del instituto. Van a ir a Escocia, así que seguro que vuelve con falda escocesa. Es un chico guapo, algo soñador, igual que su tío. Me parece que Stefan está algo inquieto porque lee poesía en vez de jugar al fútbol y besar a las chicas. Mie le habló a su cuñado de un sofá que creía que debería comprar. Tiene que haber un sofá, ¿qué es un hogar sin sofá? Quiere ayudarlo en su nueva existencia como padre solo con tutela compartida, pero ya me doy cuenta de que es presa del espanto y la compasión porque Morten ha debido mudarse a un piso. Tres habitaciones en el lado malo de la vía del tren. La he oído consolarlo diciendo que al menos se ha quedado en el barrio.

Era como si nuestras vidas se hubieran cerrado sobre el vacío dejado por Georg. El agujero seguía estando allí, bajo la superficie, pero, cuando los demás se ponían a pensar en ello, se sentían culpables o se mostraban corteses o ambas cosas a la vez. Después me miraron compasivos y bajaron el tono de voz, y noté su expectación sin tener una idea clara de qué era lo que esperaban. No lograba averiguar si lo que a veces los incomodaba era el duelo o la timidez frente al duelo ajeno, en este caso el mío, o si era alguna otra cosa la que se colaba entre nosotros y la ausencia de Georg. Stefan se lo tomó a la tremenda, como un hombre, y se puso a hablar de su padre en

términos objetivos, en absoluto faltos de afecto, pero tampoco abiertamente sentimentales. Lo que Georg había dicho o hecho en alguna ocasión. Aunque él dijo «papá», pero más que nada como si fuera el nombre de pila de Georg. Pudimos hablar incluso de cómo era, y sonreír con cariño. Cómo solía volver para comprobar que la puerta estaba cerrada, aunque supiera que la había cerrado con llave, detalles de ese tipo sobre la vida y milagros de una persona. Me pareció que hablábamos de él como se hablaría de un discapacitado: con mucha consideración. Me di cuenta de que los muertos son unos perdedores. Detrás de nuestra devoción, eso era lo esencial. ¡Lástima que Georg no estuviera allí!

Me recordaron lo que durante años no he querido admitir y he sido tan cobarde como para negarlo cada vez que Georg lo insinuaba. Vuestros hijos, con el paso del tiempo, ya no estaban tan unidos a su padre, Anna. Tampoco puede esperarse que todos los hijos lo estén. Creo que lo veían distante, pese a que tú y yo sabemos que era por timidez. De pronto, me sentía como una extraña ante vuestros hijos. En su infancia, he intentado tratarlos como si fueran míos. Mientras los veía crecer, también crecía yo en mi papel. Durante diez años fui la persona más cercana a ellos, después de Georg, y a veces era a mí a quien hacían confidencias. Les he puesto tintura de yodo en las rodillas, les he cantado las cuarenta, y les he puesto la mano en sus flacos hombros adolescentes cuando andaban cabizbajos. Les he enseñado a mirar a los ojos de la gente al dar la mano, y les he enseñado los signos del Zodiaco. El amor suele surgir de esos detalles, mientras estás ocupada en mil otras cosas. Al poco tiempo de haberme mudado con Georg, le pregunté si no había sido un *shock* para él que salieran dos en lugar de uno. ¿Nunca tuvo miedo de no querer por igual a sus dos hijos? Él sonrió y sacudió la cabeza. «Es que tienes el doble de amor», contestó. Pensé sobre ello durante mucho tiempo después. Si lo que decía era cierto, el amor de tus hijos por ti podría brotar de nuevo.

Llegué a quererlos, y, con el tiempo, correspondieron a mi amor, pero no siempre me ha resultado fácil amar a los hombres adultos en los que se han

convertido. Me di cuenta cuando los oí intercambiar anécdotas sobre Georg. Mientras los veía afrontar su duelo tan animados, caí en la cuenta de que mi amor hacia ellos es algo del pasado. Es un recuerdo del sentimiento, no el sentimiento en sí. Mientras Georg vivió, pude reprimirlo, porque bastante trabajo tenía para proveer, mientras que él, a causa de su pudor, no lo consiguió. Yo proveía presencia, compromiso, risas. Ahora me limitaba a estar.

Me he sentido así a menudo en casa de Stefan y su familia. Eran especialistas en llenar la enorme casa de sí mismos y de cualquier interés que pudieran tener: historias de la escuela y del trabajo, planes de nuevas adquisiciones o lugares exóticos a los que viajar. Siempre tenían algún plan en común, y creo que Georg sentía a veces lo mismo que yo. Sería demasiado decir que nos parecía que sobrábamos, pero era como si estuviéramos en un mundo aparte, ya me entiendes. Estaban tan llenos de sí mismos, Stefan, Mie y los niños, a punto de desbordar, que de vez en cuando parecían sorprenderse de que también nosotros estuviéramos presentes. Como cuando Stefan se giró de repente hacia mí. Yo ya sabía qué iba a decir. No podía quitarme de la cabeza la impresión de que habían estado hablando de mí antes de que llegara. «Ellinor, háblanos de tu nuevo piso.» Yo misma les había pedido que siguieran llamándome por mi nombre cuando todo era novedad y delicadeza, con tu vieja amiga en la cama donde deberías haber estado tú. Donde deberías haber seguido estando. No he pretendido ocupar tu lugar, no es eso, seguí siendo Ellinor para ellos, aunque dejamos de lado el «tía».

Había algo en el tono de voz de Stefan, y lo conozco casi como si fuera mi propio hijo. Un pequeño toque de..., ¿cómo diría yo? Sadismo es por supuesto demasiado fuerte, ya lo sé. Mie acudió en mi ayuda. Dijo que comprendía bien mi deseo de vender la casa y empezar de cero. Al fin y al cabo, era demasiado grande, incluso para dos. Su pequeña declaración de apoyo era un reconocimiento involuntario de lo mucho que habían hablado; de otro modo, no creo que hubiera considerado necesario interponerse entre Stefan y yo con

su frase conciliadora. «¿He dicho acaso que no lo comprenda?» Stefan desplegó esa sonrisa forzada suya que le da un aire de lo más intimidatorio. La verdad es que Georg y yo habíamos hablado de vender la casa y encontrar un piso en el centro, pero Stefan debía de haberlo olvidado. «Desde luego, Morten y yo nos quedamos algo sorprendidos, debo reconocerlo.» Debió de darse cuenta de que su frase sonaba demasiado dura y mordaz. «¿Verdad, Morten?» Su hermano, nervioso, miró de reojo a su cuñada antes de aclararse la garganta. «Entiendo que quieras... Bueno, la vida debe seguir...» Noté que se avergonzaba por el tópico, pero aun así sentí calor en mi interior, porque no se dejaba presionar sin más por su despótico hermano.

«He comprado un piso en Amerikavej», dije, y miré un rato a los chicos a los ojos. Los chicos, digo. Stefan lleva diez años calvo, y Morten lleva otro tanto con gafas progresivas. Ya lo sabían; que les diera la información en la comida de los domingos no era más que un paripé. «¿Comprado?», preguntó Mie, y puso los ojos como platos, falsamente impresionada. «Ellinor tiene algo de dinero que no...» Debo reconocer que me irritó el pretencioso intento de Stefan por sonar casual. «Que no tiene nada que ver con vuestro padre», lo interrumpí. Esperaba que Stefan desistiera de dar más explicaciones. Por suerte, los demás no parecieron extrañarse. «Amerikavej. ¿Eso no está en Amager?», preguntó Morten. Le gustaría mostrarse tan libre de prejuicios como los mapas de las ciudades, donde todos los nombres de las calles tienen la misma grafía, sin diferencias jerárquicas. «Vesterbro», lo corregí. «Claro, eres de Vesterbro, ¿verdad?» Los ojos de Mie se agrandaron más aún, y lució una amplia sonrisa. Podría haber dicho Harlem o el Infierno; *interesante*, era el mensaje de su desmesurado gesto de complacencia inclusiva. Al fin y al cabo, allí estaba yo, mostrando por enésima vez que sabía comer con cuchillo y tenedor. «Ellinor creció en Amerikavej», dijo Stefan con amargura. No percibí en su tono arisco si quería disculpar mis pobres orígenes o lanzar una indirecta a Mie por su arrogante ignorancia: al fin y al cabo, ella y yo nos hemos conocido durante la mayor parte de su vida adulta. Quizá hablara con

tanta severidad solo porque poseía un poco de información biográfica. No lo corregí. Él y Morten se han hecho adultos creyendo que su madrastra es una chica de la calle.

«No entiendo para qué quieres ir a vivir a ese barrio», continuó Stefan. «Ya no es lo que era, aunque debía de ser bastante variopinto cuando eras niña. Todos los días se oye hablar de tiroteos y de bandas de delincuentes. En cuanto salgas a la calle vas a estar rodeada de yonquis, de prostitutas y de musulmanes.» Mie sacudió la cabeza, y no pude evitar sonreír. «Es Ellinor quien debe decidir si quiere regresar al barrio de su niñez», empezó a decir. «Por supuesto», dijo Stefan. «Así podremos ir a visitarte a *Amerikavej*.» Mie se quedó mirándolo un buen rato. «Es que no es un sitio al que podamos enviar a los niños», continuó, más tranquilo. «¿Tienes miedo de que vayan a secuestrarlos?» Traté de adoptar un tono ligero. «Y si los secuestran, ¿qué?», respondió Stefan mirándome a los ojos. «De todas formas, van en coche a todas partes», dije.

Se hizo el silencio. Me volví hacia Eliot y Franca. Me sentí como si me estuviera traicionando a mí misma, a Georg, cuando rompí el silencio. Recurrí al primer tópico que se me ocurrió. «¿Qué tal han ido las vacaciones?» Los niños entendieron y se pusieron a hablar, quitándose la palabra uno a otro, de las vacaciones con los abuelos en la Costa Azul y de su nueva piscina infinita. A Mie le costaba ocultar lo orgullosa que estaba de la situación económica de sus padres. Eliot contó que era como nadar directo al abismo. «Daba un poco de grima», añadió Franca. «Qué va, era superguay», dijo Eliot, y se embarcó en un largo relato sobre su verano en el sur de Francia. «Por cierto, tengo que darte recuerdos de los abuelos», añadió, y tragó saliva, como si pensara que había hablado demasiado de ellos. «Sentían no haber podido asistir al funeral», dijo Mie. Extendió el brazo por encima de la mesa y me acarició la muñeca. Debió de notar que cerré el puño en torno al tenedor. Pero Anna, ¿cómo iba a explicarle que, por mí, sus padres podían quedarse para siempre navegando en su piscina infinita? Tuve mala conciencia por no haber

representado mi papel, y, con una tímida sonrisa, dejé que Mie se disculpara porque sus padres no se habían tomado la molestia de venir desde Mougins para honrarme con su presencia y darme el pésame. Se me ocurrió que la hostilidad que acababa de mostrar Stefan hacia mí tal vez fuera inducida, porque las relaciones de poder dentro de su matrimonio excluían la crítica a los suegros.

La razón de mi mala conciencia era, cosa extraña, que por una vez no había disimulado. Es complicado, Anna. ¿Cuándo empecé a alejarme de esa familia que debería haber sido la tuya? ¿Soy únicamente yo? ¿O son ellos también? ¿Los que tienen esa sensación de que, después de tantos años, sigo sin ser la adecuada? ¿Se han dado cuenta de ello ahora? ¿Cuando Georg ya no está para adoptar un tono conciliador? ¿Cuándo me convertí de nuevo en una extraña? ¿Lo he sido todo el tiempo?

Mientras pedaleaba de vuelta a casa, lo eché de menos. Lo echo de menos todo el tiempo, pero, según el momento, me pongo a pensar en cosas diferentes acerca de él. Su cuerpo junto a mí en la cama, el sonido de sus pasos, el familiar timbre de su voz en las habitaciones familiares que, sin él, son solo un lugar. Su manera de suspirar, que no era expresión de cansancio o desesperación, sino, sencillamente, ¿cómo diría yo?, un efecto neumático de su relajación. Así sonaba el ser de un hombre en el mundo. De un hombre al que amé. En la penumbra del sendero que atravesaba el pantano eché de menos tenerlo allí para hablar con él, o quizá solo para que escuchara. Para saber que estaba en alguna parte de la penumbra, al alcance de la voz, y que me oía, aunque tal vez no respondiera. Su timidez le habría impedido responder de forma espontánea, aparte de que se habría entristecido por lo que dije, sin admitirlo ante mí o, ya puestos, ante sí mismo.

En septiembre ya empieza a anochecer temprano, sobre todo en un sendero estrecho bajo las copas de los árboles. ¿Te acuerdas de septiembre? ¿Tiene septiembre algún sentido allí donde no me oyes, igual que Georg no oyó lo que por la misma razón no le dije? Aquella mañana había llovido, el sendero negro estaba todavía mojado, pero ya no se lo podía llamar negro, porque casi todo lo que me rodeaba lo era, a excepción del destello azul violáceo sobre mi cabeza, cada vez más débil. Un caballo invisible resopló en el prado. Pronto llegaría la hora de pasar la noche una vez más en el establo de la escuela de equitación, y piafar con la pezuña contra la hendidura entre dos adoquines. Las ruedas de la bici silbaban contra el suelo, y el silbido no habría sido mucho mayor si hubieran sido dos bicis, y no una, las que rodaban sin pedalear colina abajo hacia el fondo de la hondonada, produciendo una sensación embriagadora. Pensé en las ranitas que había visto antes, al subir la cuesta empujando la bici en sentido contrario. Es posible que atropellara alguna sin notarlo ni oírlo. Esperaba que ya estuvieran acostadas, y la ocurrencia, propia de un libro infantil, me hizo sonreír: ranas en la cama, una vida desconocida en el interior de la loma, protegida de toda sensatez. Los ojos se me llenaron de lágrimas, porque por un instante lo sentí detrás, algo inclinado hacia delante y encorvado, con un jersey anudado al cuello, nada friolero, a pesar de que el otoño estaba ya bien entrado. Estaba convencido de que el amor y la repetición pueden convertir a cualquiera en la persona adecuada.

Cuando lo conocí era tu marido, y no me imaginaba que nunca fuera a ser otra cosa. No hay nada más limitado que nuestra imaginación, aunque creamos lo contrario durante años, pero hay una cosa que sí sé sobre mí: que nunca se me ocurrió que fuera a dormir en la misma cama que Georg. El hombre que me gustaba tenía otro cuerpo y otro nombre. No alcanzo a imaginar el aspecto que habría llegado a tener Henning, al igual que tampoco puedo imaginarte distinta de la joven a la que dije adiós por última vez una mañana en un hotel de los Dolomitas. No tenía ninguna razón para pensar que aquello fuera a ser un adiós. Tampoco es imaginable hoy en día que un hombre aún joven pudiera

llamarse Henning. Ahora, por ejemplo, se llaman Eliot y saben qué es una piscina infinita.

Henning era alto y moreno, de movimientos algo nerviosos, becario en la oficina de una naviera, pero al poco tiempo jefe de departamento: de lo más prometedor. ¿Fue su pelo oscuro lo que te enamoró en secreto, a ti, también morena e interesante en el pálido Copenhague de los años sesenta? Aún no nos conocíamos. Yo seguía viviendo en Søndre Fasanvej. No me atrevía a llevar a Henning a mi cuarto después de haber salido juntos, aunque él me presionaba. La señora en cuya casa vivía tenía sus reglas, y la regla número uno era nada de visitas masculinas. Pero él me deseaba, y yo estaba fascinada por su voluntad. En mi fascinación, a veces se me olvidaba que yo era su objeto, tal vez porque al principio no creía de verdad en ello. Con una voluntad como la suya, se podía desear mucho; ¿por qué a mí? Él era lo que se decía un tío guapo, pero eso lo sabes de sobra. Perdona, Anna, tampoco es eso. O tal vez sí. ¿Te conté alguna vez cómo lo conocí? Fue un día de verano, entre una multitud de bicis delante de un puesto de helados, camino de la playa de Bellevue. Romántico, ¿verdad? Yo iba con varias chicas del trabajo. Después de haber salido con él varias veces, empecé a pensar que tal vez hiciéramos buena pareja. Nunca había pensado algo así de nadie.

Puede que fuera por su historia: al fin y al cabo, se parecía a la mía. No tenía hermanos, y vivía solo con su madre. Había estudiado en un internado en algún lugar de Selandia. Me contó que un sábado por la mañana estaba en la estación de la pequeña ciudad, esperando el tren para Copenhague. El mensaje del altavoz se mezcló con la campana del paso a nivel: «Atención, se aproxima un tren: no atraviesen la vía». Me contó que sintió mariposas en el estómago cuando primero oyó una especie de siseo en los rieles, antes de que el tren se acercara entre colinas de centeno y prados —que un glaciar en la Edad de Hielo había formado con barro y grava— casi tan sinuosos y ondulados como las nubes de aquella mañana de abril. Tenía una manera de contar las cosas que convertía todo en algo especial. ¿Te acuerdas? Sus

palabras llegaron a gustarme tanto como su recio pelo oscuro, que me recordaba a una crin de caballo que podías revolver o en la que podías hundir la nariz. Me llevaba a su casa, un piso siniestro con macetas de coriáceas, en el que todo era muy fino y estaba muy gastado por el uso. Su madre me daba miedo al principio. Parecía una dama de otro siglo con su vestido negro, y darle la mano era como si una gran ave te apresara con sus garras. Conté que también mi padre había muerto cuando era una niña, y que no lo recordaba. Por suerte, no hubo más preguntas, pero no me libré de llevar a Henning al piso de Amerikavej. Mi madre se sintió muy honrada, y se afanó en producir una buena impresión. Me dio mucha vergüenza, y me avergoncé de mi propia vergüenza.

No podíamos estar a solas en ninguna parte. Hay que ver cómo estaban las cosas, Anna. Hoy en día es casi inimaginable, a no ser que lo hayas vivido. Debían de esperar de nosotros que nos casáramos sin habernos visto antes, por así decirlo. Íbamos al cine a besarnos en la penumbra, ajenos a las irrelevantes historias que se desarrollaban en la pantalla. Los protagonistas éramos nosotros, y nunca antes me había sentido de aquella manera, como si mi vida significara algo. Un fin de semana que mi patrona fue a visitar a su hermana en Fionia, tuvimos la oportunidad. Nunca te he contado esto, aunque varias veces estuve a punto de hacerlo. Cuando se marchaba, se giró en el felpudo con la maleta en la mano y dijo que confiaba en mí. En mi estado de confusión, hice una reverencia y dije que por supuesto; y dos horas más tarde llamó a la puerta Henning. Estuvimos en la sala de la patrona como si fuera nuestra, como si tuviéramos un lugar donde vivir, un hogar. Insistió una y otra vez en que me quería, y en que iba a tomar precauciones. Al final, cedí. Fue la primera vez, quiero decir, de verdad, las demás veces solo nos habíamos magreado. El condón se rompió, y, claro, tocó premio.

Henning estaba lleno de remordimiento, y cuando, varias semanas más tarde, le dije que estaba embarazada, quiso casarse enseguida. Así de impulsivo era; pero bueno, eso ya lo sabes. Fue muy decente por su parte, y yo

seguía enamorada, pero estaba indecisa. Él dijo en la naviera que tenía intención de casarse, pero le pidieron que esperase hasta terminar su formación y empezar como jefe de departamento. Le faltó valor para decirle a su patrón por qué tenía que ser entonces. Por fortuna, conocía a un tipo que también había tenido mala suerte y que podía darle una dirección. Pero, por desgracia, las cosas no fueron tan bien como debían, o, mejor dicho, llegaron demasiado lejos, pero de eso no nos enteramos hasta pasados unos años. Cuando unos conocidos nos llevaron a comer castañas con vino tinto a vuestra casa, aún creíamos que algún día tendríamos hijos.

Anna y Georg. Se hablaba mucho de vosotros. Ya estabais casados, y teníais vuestro propio piso en una manzana moderna de ladrillo amarillo, en una alameda verde de los suburbios. Georg tenía coche, tú tenías el pelo negro y el apellido italiano. Nadie sabía que tu padre no era más que un pobre diablo de Salerno que en el periodo de entreguerras tiró hacia el norte huyendo de la pobreza, dispuesto a trabajar en lo que fuera, al igual que muchos otros inmigrantes después de él. Entre ellos nunca se preguntaban de dónde eran. Y nunca, ni siquiera ahora, he conocido a nadie como nosotros, que funcionábamos como si tuviéramos raíces en el futuro. En nuestros sueños de futuro. Cuando íbamos a veros, era como visitar un tiempo nuevo: paredes blancas, muebles claros, modernos, pósteres de arte contemporáneo enmarcados. Era interesante que Georg fuera casi ocho años mayor que los demás, aunque no lo parecía, aparte de que siempre estaba muy relajado. Yo te admiraba con tu vestido estilo Jacqueline Kennedy, admiraba tu humor, tu talle y tus caderas. Por lo que recuerdo, nos hicimos amigas ya la primera noche, con las castañas, el vino tinto y Nana Mouskouri en el tocadiscos. En medio de mi excitación, olvidé por completo que me acompañaba Henning. Varias veces tuviste que interrumpirme con una sonrisa porque no paraba de hablar, a pesar de que te habías vuelto para ir al recibidor a saludar a los siguientes invitados y llevar sus abrigos al montón que había encima de vuestra cama. ¿Te acuerdas? ¿De qué hablaríamos?

Era como si nos conociéramos de siempre, y pronto nos convertimos en un trébol de cuatro hojas: Anna y Georg, Ellinor y Henning. Me enseñaste a hacer tiramisú veinte años antes de que nadie supiera lo que era. Me acompañaste a ver vestidos de novia, y terminaste ofreciéndome, como quien no quiere la cosa, el tuyo, si me gustaba. Debías de saber que no teníamos dinero, pero nunca hiciste que me sintiera excluida. Los fines de semana hacíamos excursiones en el Renault 4L de Georg, a Hornbæk para bañarnos, o al bosque de Gribskov a por hongos. Tu cesta estaba siempre llena, todo en ti era exuberancia, calidez y vivacidad. No es que no comprenda a Henning, pero la verdad es que no me di cuenta de nada.

Nos casamos, y poco después quedó un piso libre en la manzana enfrente de la vuestra. Cuando estábamos en la ventana de la cocina, nos podíais saludar desde vuestro balcón. Estábamos siempre visitándonos unos a otros, y Henning y tú debisteis de estar muchas veces a solas por casualidad en nuestra casa o en la vuestra. Nunca se me ocurrió. También había veces en las que yo estaba a solas con Georg, pero para mí él nunca fue más que un amigo estimado, un poco tímido, amable y rubicundo, dotado de un sentido práctico muy propio de los jutlandeses. Era a Georg a quien llamábamos si goteaba un grifo o si hacía falta un taladro. Le enseñó a Henning a pintar una estantería sin que queden restos de gotas. No sé qué le enseñaría Henning a Georg, pero yo veía en el rostro complacido, algo incrédulo de Georg, que las fabulaciones de Henning le parecían interesantes.

Cuanto más conocía a Henning, más me gustaba. Había navegado un par de veces en los barcos de la compañía naviera, y me hablaba de las ciudades de Sudamérica a las que arribaron. Una vez pasó una semana en Montevideo porque el primer oficial estuvo hospitalizado. Me leyó en voz alta pasajes del diario que había escrito a bordo. Sus palabras recordaban a esas flores de papel japonesas coloreadas que se abren al arrojar unas conchas a un vaso de agua. Podía hacer que un nombre como Montevideo se desplegara en mis pensamientos mientras leía, de manera que lo veía todo con la mayor claridad,

pese a no haber estado nunca allí. Antes de entrar en la naviera escribió poesía y soñó con publicarla; pero, claro, era imposible. Lo dijo con una sonrisa. No cesaba de decir que me quería, y que deseaba tener hijos conmigo. También lo intentamos, una y otra vez, hasta que reuní valor, me hicieron una revisión y me dijeron la amarga verdad. Pasó toda la noche abrazado a mí y susurrando que no importaba, y supe que mentía.

Por lo demás, la vida había empezado a tomar forma. Nuestras madres, grises y solitarias, se convirtieron en invitadas a un mundo del que no participaban. Yo había conseguido un puesto en la sección de anuncios del *Berlingske Tidende*, y, aunque el sueldo no era nada del otro mundo, al menos podía contribuir a los gastos domésticos. Además, terminaba temprano. Pero la verdad es que me divertía observar, por la mirilla de los anuncios por palabras, vidas desconocidas en las que se alquilaba una habitación, se vendía un coche usado o alguien buscaba a una persona de la que enamorarse. Al terminar el trabajo, me gustaba mirar por las ventanas la enorme rotativa del sótano y pensar que los códigos de los anuncios de la habitación vacía, del coche usado y del corazón solitario iban a multiplicarse y extenderse por todo el país al cabo de pocas horas. Nunca he sido ambiciosa, es algo que siempre me echabas en cara. Tú, que abandonaste cualquier idea de hacer carrera cuando te quedaste embarazada. Debió de ser medio año más tarde cuando me informaron de que tenía el útero dañado. Nunca te lo dije. Al principio, porque me sentía demasiado triste, y cuando te quedaste embarazada no quise enturbiar tu felicidad. Eras siempre tan generosa, siempre dispuesta a la empatía, y si algo te ponía contenta, deseabas lo mismo para mí. De hecho, creo que también puedo decir que me alegré por ti sin sentir celos.

Tal vez facilitara las cosas que no me gustara lo que hizo de ti el embarazo. Te volviste torpe, estabas gorda y pálida, y tu rostro se hinchó; pero eras feliz. Georg también parecía feliz, y te mostraba con cientos de pequeñas señales que estaba entusiasmado porque veía cómo se deformaba el objeto de su deseo, hasta convertir lo que antes había sido un precioso cuerpo de mujer con

cintura y caderas en un armario con patas. Me daba vergüenza pensar esas cosas, y me decía a mí misma que la esterilidad se me debía de haber pasado a la cabeza. Si pillaba a Henning absorto en tu exuberancia, me ponía a mirarlo fijamente hasta que se daba cuenta y bajaba la vista. Aquello me hacía avergonzarme más aún, y mi manera de ser amable adquirió cierta artificialidad, de manera que al final casi sentía repugnancia de mí misma.

Nunca has estado más guapa que cuando fuimos a visitarte en la maternidad y te encontramos en la cama con dos niños en lugar de uno. Casi deberías habernos dado uno de ellos, Stefan o Morten, da igual. Creo que fue más duro para Henning que para mí, pero seguro que aún no sabía el efecto que le produjo verte así. Si ya entonces hubiera habido algo más que amistad entre vosotros, no habrías podido ocultármelo. Creo que Henning no empezó a soñar contigo hasta que tú y Georg os mudasteis porque el piso se os quedó pequeño.

Los años se confunden, Anna. A distancia, parecen comprimidos, sin aire, sin intervalos, una masa compacta de acontecimientos y sentimientos desordenados. La perspectiva no aparece hasta que me pongo a escribir, y mi perspectiva es diferente de la tuya y de la de Henning. No tenía ni idea de lo que estaba pasando el primer invierno que los chicos fueron lo bastante mayores para que los cuidaran tus padres. Henning había propuesto que fuéramos los cuatro de vacaciones a esquiar, y recuerdo tu entusiasmo. Yo nunca me había calzado unos esquís, pero por supuesto que me apunté. Recuerdo tu insistencia.

El teléfono ha sonado mucho, ahora que Georg ya no está para atenderlo. En nuestra casa era tarea del marido. Responder, ponerse en primera línea para enfrentarse al mundo. Nunca me ha gustado atender el teléfono sin saber quién llama. Me asusta un poco, no sé por qué, como si alguien quisiera hacerme

daño. Esa es la ventaja de los móviles, al menos si llama alguien que conozco. Ahora mismo no, suelo pensar cuando veo el nombre en la pantalla, y la sensación de culpa se ve compensada por el alivio de eludir el deseo de comunicarse del entorno. Te reías del miedo que le tenía al teléfono, pero muy pronto desististe de curarme. En general, no trataste de reformarme, y tampoco lo hizo Georg. Os lo agradezco, aquello hizo que con vosotros me sintiera como en casa. Fuisteis mi país, primero uno de vosotros, luego el otro, y ahora soy una apátrida. Al principio, a Henning le habría gustado cambiarme, si hubiera podido. Aunque él no dijera nunca nada, me daba cuenta de que mis pechos eran demasiado pequeños y torcidos, y de que en realidad también me habría gustado tener una nariz más bonita.

¿Estoy siendo injusta? ¿Es sencillamente el odio que me tengo a mí misma, que me juega una mala pasada? El odio a uno mismo es un sentimiento con dimensión de género; convierte al hombre en un calzonazos, y, en el caso de la mujer, es natural que se sienta defectuosa. El pecado original es nuestro elemento, Anna: como hija de católico, deberías saberlo. Por eso nos ha bendecido Dios con humor cambiante, dolores menstruales y, cuando llegamos a esa edad, sofocos y bigotes. Por no hablar de los dolores del parto; pero de eso me libré. Y como me lo perdí por culpa de Henning, él aprendió a ocultar su insatisfacción para con el resto de mis carencias. Estuvo de lo más atento y considerado después de que me maltrataran en una clínica ilegal, y su consideración me dejó un regusto amargo. Tuve que actuar con dulzura para que no se diera cuenta: fingir alegría, fingir embeleso en la cama, donde ya no necesitábamos tomar precauciones. La consideración se convirtió en una distancia creciente, ahora lo veo, y en medio de aquel vacío se fijó en ti. Anna de ojos castaños y chispeante risa contagiosa. Contigo el pecado original pinchaba en hueso, incluso el dolor de ser mujer lo llevabas con la frente alta. Porque el dolor siempre pasaba, y era evidente lo bien que te encontrabas en tu suave piel bronceada.

Pero estaba hablando del teléfono. Como iba diciendo, suena. No quieren

dejarme sola, no quieren que crea que para ellos soy intocable porque la muerte ha visitado mi casa. Quieren que hable de ello. No les importa que llore, porque así pueden mostrarme que toleran mi desconsuelo. Por lo visto, no hay nada tan purificador para el amor propio como ir hasta el límite del dolor ajeno y mostrar que no se siente vértigo. Nadie me dice que la vida debe continuar. Hay sitio para berrear, solo tengo que dejarme llevar. Reparé en ello ya en el funeral, la mirada demasiado larga, demasiado elocuente, o, al contrario, una normalidad fingida, como si quisieran mostrarme que ya sabían que de todas formas no había palabras adecuadas. Desde luego que soy injusta; ¿qué va a hacer la gente con una viuda desconsolada? Hacen lo que pueden; pero el problema es que en la vida social prefiero que no lo hagan, mientras que, cada vez que me vendría muy bien un abrazo, me encuentro siempre sola en la profundidad de la noche. Las primeras semanas atendía el teléfono por una conciencia del deber, para agradecer a la gente que se tomara la molestia de darme el pésame. Poco a poco, he ido aprendiendo a dejarlo sonar, y no he cargado el móvil desde que murió Georg. Desenchufar el teléfono fijo se habría considerado como un acto abiertamente hostil, teniendo en cuenta la amabilidad de la gente, pero ¿y enchufar el cargador para estar más disponible? Tampoco se puede pedir tanta diligencia a una mujer que está de luto.

No sé por qué respondí aquella mañana, después de haber estado la víspera en casa de Mie y Stefan comiendo pizza casera y resignándome a su ambivalencia, por no hablar de la mía propia. Era temprano, nadie suele llamar a esa hora, mis amigas ya saben que me gusta levantarme tarde. Pensé que tal vez fuera una encuesta para conocer mis pautas de consumo, pero de todas formas respondí. Puede que lo inusual del momento picara mi curiosidad, ahora mismo no sabría decirlo, pero lo cierto es que no había pensado que fuera Mie. No recuerdo que me haya llamado nunca, siempre era Stefan quien me invitaba o simplemente quería saber cómo me iba. Supongo que volvía de correr. Me la imaginé en la cocina con el inalámbrico al oído.

Quizá llevara puesto aún el pulsómetro en su antebrazo bronceado, donde la piel le cuelga un poco porque ha adelgazado una barbaridad. Imaginé su cola de caballo y el ajustado chándal de nailon de colores chillones, un pequeño flirteo con lo proletario, y en uno de sus dedos cerrados en torno al auricular, el voluminoso anillo de diamantes que le regaló Stefan al cumplir los cuarenta. ¿Qué querrá?, pensé mientras ella parloteaba las frases introductorias. Se me olvidó darle las gracias por la velada de la víspera. Me preguntó si me apetecía tomar un café con ella algo más tarde. Aquello era algo histórico.

Nos encontramos en la cafetería Emmerys, cerca de la estación. Te habría gustado el sitio, una especie de panadería con máquina de café expreso y taburetes en la ventana donde puedes sentarte a descansar mientras vas de un sitio a otro. Te moriste antes de que el expreso llegara a Dinamarca, y recuerdo que te reías de mí en el mostrador de la estación de tren de Bolzano porque me extrañaba que las tazas fueran tan pequeñas. Allí estabas como en casa. Disfrutaba oyéndote hablar italiano con el camarero. Y tú disfrutabas sabiendo que te oía. Unos días más tarde, todo había terminado, y nunca llegaré a entenderlo, Anna, el tiempo transcurrido solo ha hecho que me resulte más difícil de entender.

Cuando llegué a la hora convenida, Mie esperaba ya en un taburete junto a la ventana. Me saludó con la mano, y parecía casi cordial. Ha sido un largo viaje, como dicen en *Factor X*, recorrer Jægersborg Allé. Empezamos en la parte barata, contentos los cuatro porque salíamos de la sucia ciudad a los árboles, al orden y a nuestro propio balcón. Tú y Georg erais la primera pareja del grupo de amigos que se compraba una casa. Erais los primeros en todo, y la casa no ha cambiado nada; acababa de salir de ella, aparqué la bici delante de Emmerys y entré. ¿Qué querría Mie? Yo ya tenía mis recelos, pero acepté tomar un *caffè latte*, a pesar de que nunca tomo leche. Mientras ella hacía cola en el mostrador, traté de averiguar por qué me sentía tan a la defensiva. No tenía por qué sentirme amenazada solo porque, por primera vez, Mie me hubiera propuesto que nos reuniéramos a solas.

Al principio quiso saber cómo era lo de acostarte sola y despertarte sola y todo eso. Más empatía; me sentí aliviada. Dije, más que nada por hacer honor a su buena voluntad, que era difícil. Hizo un gesto afirmativo y me dejó hablar, pero de vez en cuando se permitía tomar un sorbo de su vaso de cartón. Me gustó su pequeño toque de egoísmo en medio de su sincera compasión. Mie llevaba puesto un bonito vestido azul marino con cuello y botones, y se había recogido el pelo con un lazo. ¿Qué podía haber tenido contra ella?

«¿No vas a la oficina?», le pregunté. Dijo que tenía el día libre. Deseé que no se hubiera tomado el día libre por mí. «Stefan está preocupado por ti», dijo después. Sonreí y le pregunté si era él quien le había pedido que me llamara. Me miró un rato antes de decir, algo picada, que no. «Está enfadado conmigo porque voy a vender la casa», dije. «Creo que te equivocas», dijo ella. «Ya sabes que te comprendo, no es eso, pero ¿por qué quieres mudarte al centro?» Sonreí otra vez. «Tú misma lo dijiste ayer: es porque crecí en el centro.» Mie asintió en silencio. «Pero todos vivimos aquí. Podrías encontrar algo más cerca. Así a los niños se les haría más fácil visitarte.» Mantuve la sonrisa. «De todas formas, ya no se molestan en venir.»

Era una sonrisa sin amargura, pero así son las cosas. Eliot y Franca ya no vienen a que les haga crepes. Siempre les divertía que fuera capaz de darles la vuelta en el aire, les encantaba que actuara para ellos en la cocina. Con ellos era más fácil estar alegre de lo que lo fue con los mellizos. Con la segunda generación ya no era tan importante que no fuéramos familiares directos. Yo me sentía libre cuando los llevaba al parque de Dyrehaven o cuando dormían en nuestra casa. Para ellos era lo que se denomina una abuela con marcha, pero creo que sé cuándo empezó a abrirse una pequeña grieta, una pequeña reserva.

Eliot tendría unos nueve años, de modo que Franca tendría siete. Stefan y Mie los habían traído un domingo por la tarde. Hacía mal tiempo, y les di un bloc a cada uno y una caja de pinturas para que se entretuvieran mientras los mayores hablábamos. Me parecía que no debían ver la televisión solo porque

llovía. Al cabo de un rato, Franca vino a enseñarme lo que había hecho. Había dibujado una princesa delante de su palacio, pero, a decir verdad, solo eran unos garabatos trazados con rapidez. Le dije que podía esmerarse un poco más. Porque ya había visto lo bien que dibujaba si se tomaba la molestia; pero de pronto la niña se echó a llorar y se fue corriendo junto a su madre. «¡A Elli no le gusta mi dibujo!», berreó. Al principio, pensé que se quejaba de su hermano, pero no, así era como me llamaban. Supongo que va incluido en el paquete. Y es que durante muchos años sentí que tenía una familia. Mie se puso en pie con Franca sollozando en brazos y la llevó al sofá. Alcancé a ver la mirada fría que me dirigió mientras murmuraba al oído de la niña. Se hizo un silencio total en torno a la mesa. «La has criticado», dijo Stefan. «A un niño no hay que criticarlo.» En el sofá, Franca seguía sentada y se sorbía las lágrimas en el regazo de Mie. No recordaba haberla visto así, tan susceptible y gimoteante, cuando tenía a los niños solos en casa. «No la he criticado», dije, pero Stefan se limitó a sacudir la cabeza. «Así destruyes su autoestima», dijo. Fue la primera vez que me fijé en que las palabras que salían de su boca no siempre eran suyas. Tal vez dé demasiada importancia a ese pequeño episodio, tal vez fuera yo la susceptible, porque no era la abuela de verdad de Franca. Sea como fuera, el caso es que me puse a pensar en ello cuando, estando en Emmerys, me fijé en el disgusto de Mie porque yo no quería conservar la casa para así poder estar disponible si a sus hijos adolescentes les apetecía visitarme.

«Ahora es demasiado tarde», continué. «Además, en coche se tarda menos de veinte minutos en venir a mi casa.» Mie me puso la mano en el brazo. «Ellinor, creo que Stefan lo vive como si te distanciaras.» Retiré el brazo con la excusa de abotonarme la chaqueta. «Ya me he dado cuenta de que está cabreado», dije. Ella hizo una pausa. «Tal vez cabreado no sea la palabra justa», continuó. «Cuando hay un fallecimiento, salen muchas cosas a la superficie. Viejos sentimientos. Creo que no te lo ha contado nunca, pero Stefan sintió durante muchos años que Georg se ocupaba más de Morten.

Echaba de menos sentirse reconocido por su padre. Y eso, claro, significa mucho para un hombre. Tú también estabas más en onda con Morten cuando eran jóvenes, debido a su interés por el arte y esas cosas. No es una crítica, pero Stefan ha pasado todos estos años con esa sensación, y ahora de pronto se muere su padre.»

Hablaba en voz baja y con un tono neutro. Entre mujeres podíamos hablar francamente de las cosas, ya que los hombres eran tan negados para las cuestiones emocionales. «De modo que por eso tenía cara de malas pulgas», dije. Se me quedó mirando sin pestañear, como si hubiera soltado alguna blasfemia. «No entendía por qué estaba así, tan ofendido», continué. «Por Dios, Mie, ¿cómo se puede ser tan quejica? Tu marido tiene cuarenta y nueve años. Hace siglos que tendría que haber dejado de comportarse así. De modo que ¿cree que no se le presta la suficiente atención? ¿Quiere seguir recibiendo elogios? ¡En la vida he oído nada igual!» Mie enrojeció un poco, pero no logré adivinar si fue de vergüenza o de irritación. «Creo que eres dura», dijo con el mismo tono de voz bajo. «¿Dura?», repetí. «¿Sabes qué, Mie? Creo que sois vosotros los que sois demasiado blandos. Demasiado blandos y demasiado egocéntricos; y, desde luego, demasiado dominantes.»

Me miró como si me tomara por una mensajera de otro planeta. En serio, Anna. Pero se había abierto la caja de los truenos. Pensé en Georg, sepultado bajo tanta tierra e incapaz de defenderse. «No es ninguna contradicción», continué, «basta que mires a Eliot y a Franca. Los machacáis a la vez que los envolvéis en algodones. A esos niños nunca se les han planteado exigencias, no tienen ni idea de lo que es fregar los platos, porque están mimados por una criada filipina tras otra.» De pronto, Mie se puso blanca. «Joy es una chica *au pair*», dijo. «Me importa un bledo cómo llaméis a vuestros esclavos», repuse, «pero estoy preocupada por vuestros hijos. Me preocupa cómo van a escapar de tus brazos. Cómo van a aprender alguna vez a pensar por sí mismos y a asumir responsabilidades. ¡Y encima tengo que oír que el pequeño Stefan, con cuarenta y nueve añazos, no se ha sentido reconocido!» En su mirada asomaba

el desprecio cuando se bajó del taburete. «Así no llegamos a ninguna parte», dijo mientras se dirigía a la salida. «Gracias», le dije, no sé muy bien por qué. La palabra se me escapó. Me quedé sentada y la vi atravesar la calle, subirse al todoterreno verde oscuro y marcharse sin mirarme. No sabes qué alivio sentí. No hay nada como un conflicto para ayudarte a hacer el trabajo difícil. Es un medio subestimado, porque somos cobardes, pero facilita mucho las cosas. Al fin libre, pensé, mientras iba a por la bici.

No fui a casa. Como he dicho antes, ha dejado de ser mi casa: vuestra casa, nuestra casa, solo es un lugar como tantos otros. Mi casa es ya otro sitio, tres cuartos vacíos por ahora en una bocacalle de Vesterbrogade. Comprobé que tenía la llave que me habían dado en la inmobiliaria y me encaminé sin prisa a la estación. El empleado de la inmobiliaria se había quedado boquiabierto cuando, después de mirar alrededor durante un minuto escaso, me giré hacia él y le dije que me gustaría comprarlo. Balbuceó algo acerca de un certificado de eficiencia energética. Le pregunté cuándo podría entrar. Él me preguntó si no me lo quería pensar. «Nunca lo he hecho», contesté, «no cuando se trataba de algo importante.»

El andén de la estación de Charlottenlund estaba vacío, como si fuera de noche. Divisé una figura en el último de los bancos. Al principio pensé que la chica filipina era una niña encorvada sobre su iPhone. ¿Sería Joy, que también tenía el día libre? Que yo sepa, en Filipinas se habla español, pero a las chicas *au pair* de aquí les ponen nombres ingleses, casi siempre algo frívolos, como a las chicas de un prostíbulo. Perdona que me vaya por las ramas, no tienes ni idea de lo que hablo; pero, desde que te moriste, las profesionales de clase media-alta han encontrado una solución postcolonial al difícil problema matemático que consiste en igualdad de derechos multiplicado por carrera multiplicado por autorrealización más maternidad. Una se consigue una criada del tercer mundo y lo llama intercambio cultural; pero nueve de cada diez de ellas viven en un cuarto del sótano, desde el que pueden hablar por Skype con los hijos que han tenido que dejar en la cabaña de palma de sus abuelos.

Pensé en Georg mientras iba en el suburbano y contemplaba la amplia zona de deportes antes de llegar a Hellerup, un cambio bienvenido de postes de señales, grava marrón rojiza y raíles brillantes en medio de la verde autosuficiencia de los jardines de las villas. Nunca me he sentido a gusto aquí. Tú sí, y no tuviste ningún problema para trasplantarte desde el bungaló del extremo de Roskildevej que el inmigrante de Salerno, tras decenios de sobriedad, pudo permitirse. Te colaste sin más en este entorno elegante, y desde el primer día parecías la hermana pequeña de Sophia Loren. No sé si Georg se sentía a gusto, pero creo que se habría adaptado a cualquier sitio. Tenía esa calma. Una confianza en sí mismo que era tan sutil que costaba distinguirla de su apacible confianza en el mundo que lo rodeaba. No he conocido a nadie que deseara lo mejor para los demás de manera tan íntegra, tan sincera; y no lo digo para que tengas mala conciencia o para que te arrepientas de haber preferido arrojarte a los brazos de un hombre más inconstante y soñador. No descubres tus razones para amar hasta más tarde, eso ya lo he aprendido. ¿Qué fue lo que leí en alguna parte? «Porque era él, porque era yo.» Incluso lo había escrito un hombre, y solo hablaba de amistad.

Pero Georg. Pensé en lo que había dicho Mie de Stefan, y de pronto me sulfuré otra vez. Me puse de muy mala uva, Anna, sentada allí, imaginando el semblante plácido, rechoncho, rubicundo de Georg, mientras el tren pasaba junto a la zona de puerto franco. Algo más allá divisé un barco blanco bañado en la luz del atardecer. Me concentré en evocar la sensación en las yemas de los dedos cuando recorrían los pliegues de su cara rolliza, más sueltos después de tantos años, y me prometí que nunca jamás caería tan bajo como para defenderlo frente a sus hijos.

Me bajé en la estación de Vesterport y subí a la calle con la bici en el

ascensor. El tráfico era intenso, y el flujo monótono de sonido y movimiento tenía en mí un efecto calmante. En la periferia reina un silencio espantoso. Pasé junto al Ny Teater y crucé la plaza de Vesterbro Torv hacia Istedgade. No pude evitar sonreír. Yonquis, prostitutas y musulmanes, Stefan no se había equivocado demasiado. Nunca iba a comprenderme. Hace tiempo que tu hijo se ha alejado de mí, Anna; y, en realidad, ¿no es justo que sea así? Me pregunté a mí misma si Morten iba a tener más ganas de visitarme en Amerikavej, pero lo dudaba. Ciertamente, es de izquierdas, pero para él debe de ser una cuestión más cultural que algo relacionado con la solidaridad con los oprimidos. Una nunca sabe lo que puede encontrarse allí de mal gusto y de costumbres poco saludables.

Seguí pedaleando hacia el oeste hasta llegar a mi calle. Nunca he estado en América, y, teniendo en cuenta mi miedo a volar, no creo que vaya nunca. Porque ya no se puede ir en barco. Además, ¿qué iba a hacer allí? Los medios están repletos de imágenes de América, me basta con eso. Georg nunca comprendió mi desgana por viajar. Me temo que se ha perdido muchas cosas por mi culpa. Traté de explicarle que, a pesar de hablar el idioma, ya me sentía bastante extraña aquí, pero no profundicé. Advertí en su mirada que existía el riesgo de herirlo. Si me lo preguntaban cuando estábamos con más gente, yo respondía con otra pregunta. ¿Para qué pensaban que servía viajar? Sea como sea, los sitios interesantes siempre quedan mejor en las fotografías, y si te basta con la foto, evitas el riesgo del mal tiempo o el problema de encontrar un sitio donde orinar. Por lo demás, la vida cotidiana en el extranjero tiene un parecido decepcionante con la de aquí si traspasas la exótica superficie. Y si, por romanticismo, permaneces en ella, quedas como una tonta para la gente que idealizas. Además, si actúas como una intrusa, observando una vida que nunca vas a vivir, solo consigues ponerte triste.

Amerikavej. Siempre me ha parecido que el nombre en sí ya era suficiente viaje. La calle no da la impresión de haber cambiado, aunque sí lo ha hecho. Es como si fuera una fotografía hecha con doble exposición porque se te ha

olvidado correr el carrete, aunque ya nadie usa carretes de fotos. Las líneas se duplican, la perspectiva cambia un poco, y a esa distancia, en ese cambio de luz imprecisa, de pronto tengo la impresión de haber vivido ya la mayor parte de mi vida. Por unos segundos, vacilé ante la puerta del piso, que todavía llevaba el nombre de otra persona. Dos cuartos vacíos que dan a la calle y otro igual de vacío que da al patio de manzana. Las tablas del suelo crujían bajo mi peso, y mis pasos resonaban, lo que me hacía sentir que me entrometía en algo. ¿En qué? En el vacío, en la propia ausencia.

Me gustaría poder vivir aquí sin muebles ni lámparas. Podría permanecer días sentada contra la pared de la sala y ver pasar el haz de luz solar por la pared de enfrente, más allá del techo, hasta desaparecer. Ver desvanecerse el día y surgir la oscuridad desde el fondo de la calle. Escuchar el lejano murmullo del tráfico de Vesterbrogade, voces en las aceras, una ambulancia, una radio en uno de los otros pisos. Era como estar dentro de un paréntesis, de una burbuja ajena a todo, mientras las cosas sucedían a mi alrededor sin mí. Observé las zonas más claras, donde los antiguos moradores habían tenido muebles o cuadros en las paredes. Georg jamás habría imaginado que yo fuera a estar en un sitio como aquel, y mucho menos vivir en él. Me dije a mí misma que me dolería pensar en ello cuando me mudara allí, pero me habría dolido más aún si me hubiera quedado viviendo en el lugar del que él conocía cada centímetro. Hay que elegir el dolor que le conviene a una, y nunca he sido de las que miran atrás.

Para mí es algo insólito. Nunca he pensado en la muerte o en el hecho de envejecer. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Qué otra cosa me esperaba, sino envejecer? ¿Tú pensaste en la muerte? ¿Sabías que podía, que debía ser el final? ¿Llegaste a pensarlo? Siempre me he dicho que continuaré mientras pueda. Me he dicho a mí misma que debo estar contenta mientras pueda moverme y no me duela nada de manera especial. Nunca he sido muy perspicaz, pese a que tú insistías en lo contrario. Puedo hablar y hablar en cuanto me pongo a ello, pero, de las dos, tú eras la profunda, a tono con...

Bueno, ni siquiera sé con qué. Con algo que jamás he comprendido ni de lejos. ¿Cuándo supiste que las cosas iban mal? Él debió de alejarse de ti en la nieve. Supongo que habría algún momento, algunos largos segundos en los que estuviste completamente sola, pero aún consciente, en medio de la blancura.

Qué contentos estábamos, ¿te acuerdas? En el compartimento de literas hicimos una pequeña fiesta con queso, jamón y chianti en botella de rafia. Seguíamos siendo jóvenes, tomar el tren hacia el sur seguía siendo una aventura. Llamaste a tus padres desde un teléfono público de la estación de Hamburgo para dar las buenas noches a los mellizos. Cuando te reuniste con nosotros en el andén, fue como si hubieras soltado las últimas amarras, estabas exuberante de alegría, llena de locas ocurrencias. Él ya era tu amante, y no había nada en el mundo que se me hiciera más remoto que esa idea. Los cuatro hacíamos una piña mientras atravesábamos Alemania. Cambiamos de tren en Múnich y continuamos hasta Bolzano, donde una vez más cambiamos de tren. Conocías un lugar de los Dolomitas, y te habías encargado de telefonar para reservar habitaciones. Yo nunca había estado tan lejos de casa. Lo más lejos había sido la isla de Bornholm.

Cuando llegamos a nuestra habitación, abrí la ventana. Era el final del invierno, y la nieve de las cumbres parecía una labor de encaje, desgarrada en las zonas donde la falda gris azulada del monte quedaba al descubierto. Estuve mirando durante un buen rato. Cuando la gente pasaba junto a la nieve amontonada, esta crujía bajo sus botas. Henning se acercó y me abrazó. Recuerdo con gran claridad aquel momento. La extraña penumbra del valle después de que el sol descendiera tras la cresta que teníamos enfrente. El tremendo frío en los orificios nasales. Sus largos brazos y su pecho detrás, sobre el que podía recostarme, como si nunca fuéramos a separarnos. Permíteme que te describa la situación, Anna. Tienes que verla conmigo, no debes bajar la vista. Lo peor fue perderte a ti, pero lo siguiente peor fue que nunca pudiste pedirme perdón. No oyes lo que te digo, eso es lo peor de todo.

No recuerdas nada, no existes. Solo te hablo porque quiero ser algo más que una serie de hechos cronológicos.

A Henning se le daba bien esquiar, y tú también eras bastante hábil, mientras que Georg había practicado más que nada esquí de fondo en Noruega. Tras los primeros pinitos con el instructor de esquí, Georg se ofreció a llevarme a una de las pistas fáciles. Se convirtió en la rutina diaria: vosotros subíais más arriba, y Georg y yo nos quedábamos esquiando entre las familias con hijos. En el telesilla me aferraba a él, no me atrevía a mirar abajo. Al atardecer nos juntábamos frente a la chimenea del salón del hotel a tomar el aperitivo. Os quitabais la palabra de los labios para describir las vistas. Georg escuchaba y sonreía, apacible. Creo que le habría gustado estar allí arriba con vosotros, midiendo sus fuerzas con el terreno. Recuerdo que lo animé a que os acompañara, pero se limitó a sonreír. Aquella mañana, ni tú ni Henning dijisteis que ibais a subir más arriba que los días anteriores. El aviso llegó pasado el mediodía; y, entrada la tarde, aún no habíais regresado. Se informó de varias avalanchas en la zona, todavía no se sabían más detalles. Faltaba más gente, pero fueron apareciendo poco a poco. Unas horas antes del anochecer, se atrevieron por fin a emprender la búsqueda.

A Henning nunca lo encontraron. A ti te enviaron en avión a un hospital de Bolzano, y no te vimos hasta la medianoche. Estabas en coma. Nos dijeron que cuando te encontraron bajo la nieve estabas inconsciente. Georg y yo nos turnamos para pasar la noche junto a tu cama. Por la mañana hablamos con un médico, que nos dijo que, al parecer, la falta de oxígeno había causado daños considerables en el cerebro. Georg salió a buscar un hotel para nosotros. Yo me quedé sentada junto a la cama, observando tu hermoso rostro inmóvil. Cuando, al cabo de unas horas, Georg volvió, había estado en la estación de esquí para recoger nuestras cosas. Había hecho tu maleta, la de Henning y la mía. Había estado en nuestra habitación con nuestras cosas. Imaginé su embarazo con el cepillo de dientes de Henning. Cuando cenamos en un restaurante cerca del hospital, no sabíamos qué decirnos.

Nos quedamos en Bolzano. Georg tuvo que llamar a su trabajo para pedir unos días libres. Continuaron buscando a Henning, pero al cabo de unos días suspendieron la búsqueda. Más tarde, vi un suelto que apareció en el *Berlingske Tidende*, en una página anterior a los anuncios por palabras. «Danés desaparecido en los Alpes.» Parecía que no tuviera nada que ver con Henning. También te mencionaban a ti, «una joven danesa de ascendencia italiana», como si hubiera alguna relación entre el accidente y tu padre. Georg lo llamó por teléfono la primera noche de Bolzano. Pidió a sus suegros que no dijeran nada a los mellizos.

Ninguno de los dos sabíamos cómo expresar nuestros sentimientos. El dolor no siempre une a la gente, como se dice. Los sentimientos de uno se bloqueaban al pensar en los del otro, y decíamos los tópicos más estúpidos para poder soportar estar juntos. Pasaba los días junto a tu cama. Parecías La Bella Durmiente. Georg también solía permanecer algo de tiempo, pero no aguantaba mucho. Tu inmovilidad tras el respirador, como si estuvieras muerta ya. Tu respiración sosegada, como si en cualquier momento fueras a abrir los ojos, reconocernos y sonreír. ¿Esa sonrisa tan tuya, cómplice e inteligente, iba a desaparecer para siempre de tu rostro, te despertarás o siguieras durmiendo? Pensé en los años que hacía desde que nos habíamos conocido, en las horas que habíamos pasado juntas. Yo confiaba en que estuvieran en nuestro interior, como la ropa de cama en un cajón, planchada y doblada, un juego para cada una. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que siempre había creído que los recuerdos podían compartirse. Yo te había visto hacerte madre, desarrollarte en ese papel, encontrar madurez en la joven que aún eras. Tú me habías visto librarme del miedo, poco a poco: del miedo a ser descubierta.

Cuando desistieron de seguir buscando a Henning, telefoneé a mi madre. No recordaba haberla oído llorar nunca, y no supe consolarla. La madre de Henning no lloró cuando la llamé: se quedó callada, y al principio pensé que se había cortado la línea. «Bueno, pero no se sabe si está muerto», dijo al final. «Así que no es seguro.» No supe qué decirle. Una noche, tarde,

estábamos en el bar del hotel. Llevábamos en Bolzano casi una semana. Ninguno de los dos tenía ganas de subir a su habitación y quedarse despierto en la oscuridad. Me di cuenta de que Georg había bebido más de lo habitual. Aquel día había tenido una conversación con los médicos. Estaban a punto de declarar tu muerte cerebral, y le habían dicho que lo más razonable en tal caso era desconectar el respirador. Pasó un buen rato mirando las botellas dispuestas en fila frente a un espejo detrás de la barra. Era como si hubiera olvidado que estaba sentada junto a él.

«Los vi», dijo al final. Hablaba con voz gangosa, tan bajo que tuve que inclinarme hacia delante para poder distinguir sus palabras de la música de fondo. De pronto, se giró hacia mí, y retrocedí por instinto. «En nuestra habitación», dijo, y fijó la mirada en mí. En sus ojos achispados había dureza, casi maldad. Había ocurrido el segundo día en la estación de esquí. Se le había olvidado la bufanda y subió a buscarla a vuestra habitación. Tú y Henning estabais junto a la ventana. Alcanzaste justo a separarte de él cuando Georg entró, pero no lo bastante. Durante todos estos años me lo he imaginado como si hubiera estado presente: tú y Henning junto a la ventana, callados, Georg delante del cajón o de la maleta abierta, también callado, hasta que encontraba la bufanda y salía sin darse la vuelta. Así es como me imagino que debió de ocurrir. ¿Os dijisteis algo cuando salió? ¿Te abrazó después, lo abrazaste tú? ¿O acaso os dejó Georg en un silencio tan denso que todavía os oprimía y os hizo atravesar la puerta y entrar en el ascensor sin decir palabra, como niños culpables?

No noté nada raro, el día transcurrió como los anteriores y como los que vinieron después, hasta que os arrolló una avalancha. Georg y tú no os juntabais hasta la noche, después de cenar, divertirnos y habernos tomado nuestras copas junto a la chimenea. Creo de verdad que nos divertíamos igual que antes, pero me falta perspectiva. Me contó que no te había dicho nada cuando subisteis. Quería esperar a que hablaras tú. Le dijiste que no había pasado nada. Él no respondió, y su silencio se convirtió en una trampa, porque

reaccionaste quedándote callada y taciturna. Vuestro mutuo silencio le impedía preguntarte o ponerte frente a las pequeñas señales que, en retrospectiva, confirmaban que había visto lo que había visto. Pequeñas fisuras en la rutina cotidiana. Una noche, al regresar del trabajo, no te encontró en casa. No apareciste hasta hora y media más tarde, extrañamente ausente, y los chicos no dejaban de preguntarte dónde habías estado. A los pocos días, Henning telefoneó una mañana, y no pudo ocultar su sorpresa cuando fue Georg quien respondió la llamada. Pero ¿intentó realmente ocultarla?

Al día siguiente, tú y Georg nos esperabais frente al hotel. Todavía os veo con vuestros esquís, solos y juntos, entregados a las montañas y el uno al otro. Georg me contó que te lo había preguntado sin rodeos. Te pidió que dijeras la verdad, y te preguntó si teníais una aventura. Tú lo miraste, y tus ojos no parpadearon al responder. Anna la valiente. Te preguntó si querías divorciarte. Le respondiste que no lo sabías. Entonces llegamos nosotros, y los cuatro enfilamos hacia los telesillas como los días anteriores.

Tu padre parecía un ave extraña en la iglesia. El inmigrante de Salerno, un hombre pequeño y flaco vestido con un traje que le quedaba grande. Parecía tan inseguro como en el bautizo de los mellizos, con dudas sobre cómo se hacía aquí, después de tantos años. Porque no eras católica, a veces se me olvida; él se entregó a su nuevo país, y te permitió ser luterana. Nunca te quitabas la pequeña cruz de oro que te dio como regalo de confirmación y que había pertenecido a su madre. La llevabas puesta en el ataúd. No recuerdo qué dijo el pastor. Tampoco recuerdo nada del acto posterior, aunque ayudé a Georg a organizarlo todo. Recuerdo el ruido sordo cada vez que el pastor echaba una paletada de tierra sobre la tapa del ataúd. Con una palita pequeña, como las que usaban los mellizos para jugar en el arenero.

Era la primera vez que oía aquel sonido. Me coloqué detrás de tus padres y de tus suegros, que habían venido desde Jutlandia. Los chicos estaban entre Georg y tu suegra. Recuerdo sus cuellos delgados al sol de marzo, y su pelo rubio recién cortado en pico por detrás. Han heredado los colores de Georg; casi podría pensarse que eran hijos míos, si no fuera por sus ojos castaños. Todavía hoy sigo sin saber cómo les contó Georg lo sucedido. Habías cumplido los treinta, los chicos tenían siete años.

Muchas veces le ayudaba a hacer la comida, o iba a la escuela en busca de Stefan y Morten. Tampoco tenía otra cosa de la que ocuparme cuando terminaba el trabajo, y era un alivio ayudar, en lugar de quedarme en casa encerrada en mí misma. Al fin y al cabo, conocía vuestra casa y sabía dónde estaban las cosas. Después de que os mudarais, éramos nosotros los que veníamos de visita, porque teníais sitio; además, estaban los chicos. Aun así, se me hacía raro abrir la puerta con la llave que me había dado Georg. Por suerte, a los chicos siempre les caí bien. Solía hacer las compras al volver de la ciudad, para poder ir a buscarlos y tener la cena preparada para cuando llegara Georg. Nunca se me ha dado tan bien la cocina como a ti, pero era sorprendente lo educados que eran los mellizos, teniendo en cuenta su edad. Una de las primeras veces hice tiramisú, pero no fue una buena idea. Por lo general, les daba las buenas noches en la mesa. Siempre había sido Georg el que les leía cuentos, y cuando se sentaba entre ellos en la litera de abajo, me daba cuenta de que habría sido una intromisión por mi parte, algo así como traspasar un umbral sagrado, inclinarme sobre sus caras de chico, ahuecar las almohadas, besarlos en la mejilla. Los oía hablar con Georg en tono juicioso sobre ti, que estabas en una nube y no perdías detalle de cuanto ocurría.

Le ayudé a ordenar tus armarios y a clasificar tus cosas. No había ninguna carta, ningún rastro. ¿Qué futuro te habías imaginado? Una y otra vez me hacía la misma pregunta: ¿Algún día habrías vaciado tus armarios y hecho la maleta? Por aquella época se había puesto de moda divorciarse, pero tú y yo nunca seguimos la moda. El mundo se volvió eléctrico y se dejó el pelo largo, pero

nosotras, no. Tú seguías siendo demasiado cristiana, y yo estaba demasiado, cómo podría decirlo, ¿demasiado intimidada? ¿Demasiado insegura respecto a mi derecho? Por aquella época se puso de moda echar un polvo con quien se quisiera, pero te reíste aquella vez que empleé la palabra, y a la vez contrajiste el rostro. Una tarde de julio de otra era, estábamos tumbadas en un embarcadero hablando de sexo y de la extraña ineficacia de las palabras ahora que ya nada estaba prohibido, nada era vergonzoso. Follar era casi pornográfico, pero ¿echar un polvo? A ti te gustaba, como a mí, jugar con las palabras, y reíste más fuerte aún cuando pregunté qué tenía que ver el sexo con el polvo. ¿Qué te habías pensado, Anna? Creo que fuiste franca aquella mañana en la nieve cuando, con un esquí en cada mano, respondiste con valentía a Georg. No lo sé. Con el amor nunca se sabe, ¿verdad? Tiene su momento mientras dura.

Cuando andaba por tu casa desempeñando algunas de tus tareas cotidianas, muchas veces pensaba qué te habría parecido. Cuando me inclinaba hacia delante para vaciar la lavadora, a veces me parecía que me observabas desde los armarios del pasillo en penumbra. No me volvía, no quería romper el encanto que suponía para mí imaginarte allí, una silueta a contraluz en la terraza. A veces me sentaba en la sala y cerraba los ojos, y si crujía alguna de las tablas del suelo, pensaba: ahora viene. ¿Qué me habrías dicho? ¿Habrías venido con alguna explicación? No lo creo; pero como no venías, porque los muertos no vuelven, tenía que dar yo misma la explicación. Me extendía en mis razones más de lo que creo que habrías hecho tú. El amor crea hechos en la tierra, primero como un bombazo, después como un trabajo de construcción a plazo más largo; y, pasado un tiempo, el escándalo, la ruptura y el drama ya no necesitan explicación. Hay lo que hay. Son los abandonados por el amor quienes deben intentar comprender. Son los rechazados quienes con nobleza y perspicacia deben darse cuenta de que solo tenemos en préstamo a los demás. Los amantes se arrogan el derecho, con violencia o algo parecido, y ni se les pasa por la cabeza dar explicaciones. Porque era él, porque eras tú. Los que

ya no somos amados debemos elegir entre la venganza y la comprensión, y pensaba que sí, que por supuesto debíais actuar según vuestra mutua atracción. Pensaba en la inconstancia, en el pelo oscuro y en el espíritu algo aventurero de vosotros dos. Si hubiera podido, habría preferido enfadarme. Comprendí demasiadas cosas demasiado pronto.

Después de dormirse los chicos, Georg y yo solíamos hablar un poco antes de que yo volviera a casa. Él también quería comprender. Hablábamos de vosotros, como si no hubierais podido remediarlo. Tal vez no pudisteis, pero pedaleando por Jægersborg Allé sentía que la triste e indulgente comprensión se me había agotado. ¿Le pasaría lo mismo a Georg, solo en el sofá delante del televisor, y después en la cama demasiado ancha? Entré en casa, encendí la luz y me puse a juntar la ropa y las demás cosas de Henning, a meterlas en bolsas de plástico y bajarlas al sótano, donde estaban los contenedores de basura. Habría sido una afrenta tener que ver sus camisas, sus zapatos y sus raquetas de bádmiton, como si Henning fuera a volver en cualquier momento.

Llegó la primavera y empezamos a cenar en la terraza si hacía buen tiempo. Cuando las noches comenzaron a alargarse, igual nos daba por sentarnos a tomar un vaso de vino, y, con el tiempo, dejamos de hablar siempre de vosotros. Georg hablaba de sí mismo, cosas que yo nunca había oído. Creció en una granja próxima a Skjern, pero trabajar la tierra no lo atraía. Sin embargo, añoraba los espacios abiertos. Una vez salvó al hijo del vecino de ahogarse en una cisterna. Otra vez encontró un hacha de sílex mientras ayudaba a arar. La llevó a la escuela, y su profesor de historia la envió al Museo Nacional. Sonreía con timidez, como si no supiera por qué me contaba cosas así, historias sin sentido, retazos de tiempo pasado. Al principio, temía que me preguntara cómo había sido mi infancia, pero no me lo preguntó, bastante trabajo tenía con relatar cualquier cosa que le venía a la mente. Antes, casi siempre eras tú quien hablaba y hablaba; tú y Henning os turnabais para explayaros, mientras Georg y yo escuchábamos. Era muy evidente ahora, pero nunca había pensado en ello. Solo soltaba la lengua cuando nos encontrábamos

las dos a solas. Una vez lo dijiste. Me dijiste que, cuando estábamos las dos solas, era otra.

Georg también era otra persona, o, mejor dicho, me parecía que estaba empezando a conocerlo, porque ahora disponía de sitio y de tiempo para contar sus vivencias de chico y de joven. Soldado en el ejército, luego sargento. En realidad, había decidido quedarse en el ejército, pero terminó en el ramo de los seguros. Se encogía de hombros y sonreía, como si tampoco él fuera capaz de decir cómo había sucedido. Yo escuchaba, contenta de que no me preguntara nada, contenta de ver con mis propios ojos lo que contaba: un mundo que no conocí, de campos arados, granjas y estaciones del año. Se rio cuando abrí mucho los ojos porque sabía conducir un tractor y desmontar y volver a montar un fusil de asalto. Una tarde de principios de verano, llevábamos tiempo sentados en la terraza. Habíamos bebido casi una botella de vino a medias cuando me levanté en la penumbra para ir en busca de la bici. Él también se puso en pie; su camisa lucía más clara que su rostro, cuya expresión no podía ver bien: solo percibía su mirada, posada en mí. Me preguntó en voz baja si tenía ganas de quedarme. Le puse una mano en el pecho y le dije que no. Él se quedó de pie y yo fui en busca de la bici.

Mientras pedaleaba por la alameda en la noche clara, noté que había bebido. Todo parecía más nítido, de un modo casi insistente, el viento susurraba en lo alto de los álamos, y la luz deslumbrante de las farolas me hizo pensar en jacintos. Georg debía de llevar tiempo pensando en ello, pero ¿cuánto? ¿Se le ocurriría mientras estábamos sentados en la penumbra granulosa que nunca se convertía en noche? Ellinor es una mujer joven, Ellinor tiene ya las rodillas morenas bajo el dobladillo del vestido, pese a que aún estamos en junio, su cuello es largo y aterciopelado, sus manos, delgadas y bonitas. Ellinor duerme sola, como yo. Tal vez se le abrieran los ojos mientras yo cepillaba los dientes de sus chicos o retiraba el agua de las patatas recién cocidas. ¿Que si tenía ganas de quedarme? Podría haberlas tenido. La vida sigue, como suele decirse. No pasa nada por preguntar.

No podía dormirme. Yacía despierta, pensando en Henning. Estaba tumbada en mi lado habitual de la cama. Seguía pareciéndome anormal no tener su espalda y sus hombros como una barrera entre mi cuerpo y el balcón, donde los pliegues de la cortina ondeaban en el fresco aire nocturno que se colaba por la rendija. Su espalda era un cielo estrellado de lunares. No podía dormir en otra cosa que en calzoncillos, incluso en invierno. ¿Llegasteis a pasar toda una noche juntos? No me entraba en la cabeza cómo podíais haber tenido la oportunidad de echar un polvo o follar, o lo que sea, sin que yo sospechase nada. ¿Cuándo se dieron las condiciones? Supongo que tendríais que lavaros después. Desde luego, hacen falta ciertos preparativos: una cama en algún lugar, una hora fuera del radar del cónyuge. ¿Fuisteis a un hotel? Quizá me falte originalidad. ¿Debería pensar en un bosque o una playa? Pero ¿cuándo, Anna? ¿Y los pasos previos? El cambio de marcha, de ser amigos a ser algo diferente, me cuesta horrores imaginarlo; qué se dice, qué se hace. ¿Sucedió mientras bailabais? Porque siempre bailábamos en las fiestas, eran de las escasas ocasiones en las que podías tocar a otro sin ser pareja.

Eras una bailarina fantástica. Georg también lo era, sabía bien cómo llevarte; pero la seguridad de sus movimientos, por extraño que parezca, hacía que no resultara nada erótico. El baile era un esquema, no el prelude de otra cosa. Pero no me cansaba de veros bailar a los dos. Es posible que también Henning te observara mientras bailabas con Georg. Menuda pareja, pensaba la gente: ella le pertenece, él solo la ve a ella, y el baile es la expresión serena de su amor carnal. Daba envidia veros. Hay una fotografía, hecha antes de que os conociéramos, en un concurso de baile. El fotógrafo ha captado a Georg en el momento en que gira la cabeza para mirarte a los ojos. Estáis bailando *slowfox* cada uno con un número a la espalda; llevas puesta una falda tulipán, estás enamorada de él.

Georg encontró la foto en una caja de zapatos cuando le ayudé a clasificar tus últimas cosas. Una caja con fotos de vuestra vida. Habíamos apartado tu ropa y se la habíamos dado al Ejército de Salvación. Había también fotos de

Henning y mías con uno de vosotros, según quién hubiera hecho la foto. En ninguna aparecíamos los cuatro. Estábamos en cuclillas en el pasillo con armarios de teca empotrados. A ti no te gustaban nada esos armarios, pero estaban allí cuando comprasteis la casa, y un armario siempre viene bien. Aún te oigo decirlo con tono prosaico. Era un sábado de principios de verano, y tu padre se había llevado a los mellizos a ver un torneo de fútbol. Un rayo de sol se coló en el estrecho pasillo y se posó sobre una foto en blanco y negro de un concurso de baile de principios de los sesenta. Un pasado ya lejano, pensé, y sujeté la fotografía contra las rodillas, consciente de pronto de que Georg me miraba. «Qué guapa está», dije, con la firme decisión de no mirarlo a los ojos. Desde la noche de la terraza, cuando me preguntó si quería quedarme, yo había hecho como si nada. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me pareció que Georg se sentía aliviado, casi agradecido, de que hubiera dejado pasar sus palabras como si nunca las hubiera dicho.

Quería ponerme en pie, pero tenía miedo de marearme. Me pasa eso: que si me pongo en pie de repente, me mareo. Me quedé en aquella postura forzada, en cuclillas con las rodillas juntas, atrapada en su mirada, mientras las esquinas de la foto se me clavaban en las rodillas. Los chicos no estaban, teníamos la casa para nosotros, fue lo que debió de pensar él. Se daban las condiciones. Dije que tenía que ir al centro a visitar a mi madre. Era verdad, pero la frase sonó como si le confesara que le había leído los pensamientos. «Ya», dijo, y fue el primero en ponerse en pie. Yo seguí un rato con las fotos viejas, por no salir corriendo de la casa.

El haz oblicuo de luz retrocedió hasta el rincón junto a la última ventana, como si se hubiera retirado atravesando el polvo del cristal. Dirigí la mirada al piso vacío, parte del cual abarcaba con la vista desde donde estaba apoyada en la

pared. Un sitio donde ni por un instante podía figurarme que Georg fuera a entrar por la puerta y gritar «¡Hola!». Aquí no podía imaginarme el sonido de sus pasos, el peso de su cuerpo familiar contra las crujientes tablas del suelo. Una vez más me sobrevino, como un ataque, la presión interior. La sensación de ser expulsada de mí misma por una masa cuya creciente claustrofobia me hinchaba. Durante unos segundos desesperados no pude respirar. Luego vino el llanto, y me deslicé pared abajo, con la frente apoyada en las rodillas, hasta que se me pasó.

Me apoyé de nuevo en la pared y dejé que transcurriera el tiempo, a pesar de lo duro del suelo en el que me había sentado. Cada vez que me movía, el sonido resonaba en el apartamento vacío. Media hora más tarde, la luz del sol bajo se alineó con las cornisas de la fachada de ladrillo de enfrente. Como un eco dorado. Me puse en pie y cerré los ojos hasta que el leve mareo cedió. Abrí una ventana, me apoyé en el alféizar interior y miré a la calle. En aquella época no había tantos coches aparcados junto a las aceras, pero la luz del atardecer era la misma. Por un momento esperé oír voces de niños resonando entre las fachadas, toda una bandada que se extendía y volvía a reunirse como gorriones.

Yo no era ni la mayor ni la menor, solo una del grupo, que entraba y salía por los portones, corría entre los patios traseros y las entradas de los sótanos, e iba a la carnicería de la vuelta de la esquina si alguien tenía unas monedas para comprar cortezas de cerdo. Era una hermandad inquebrantable de mocosos incultos, unida por el miedo a los pervertidos, el miedo al castigo y el absurdo entusiasmo por las cosas más simples. Goces de mocosos incultos, una rata que los chicos mayores habían acorralado en un rincón, una moneda de dos coronas encontrada en la acera y convertida al instante en caramelos y regaliz salado. Los adultos no tenían ni idea de dónde estábamos. A la mayoría tampoco les importaba casi nunca, y nuestras excursiones nos llevaban hasta puntos tan lejanos como el parque de Søndemarken o los muelles del sur, donde jugábamos entre los montones de carbón. Regresaba a casa con

desgarrones en la ropa, y mi madre estaba siempre preocupada; pero, en su caso, era más una actitud vital que un imaginar amenazas reales, aparte de las leyendas urbanas sobre exhibicionistas y obscenidad.

Mi madre menuda, flaca y asustada. Lavaba la ropa de la gente y limpiaba en una escuela; no en la mía, por suerte. Llegaba como podía a fin de mes, a punto de reventar por el esfuerzo. Había sido guapa, casi tan guapa como tú. La prueba estaba en un marco dorado, entre una ninfa de porcelana y un volumen encuadernado en cuero del *Diccionario de la lengua danesa* que nunca la vi abrir. Yo solía echarle un vistazo cuando llovía y no podía salir. Leía las palabras, columna arriba y abajo, mientras esperaba a que escampara. Mi madre había sido una belleza exuberante de Stege, pero los años y el fatigoso trabajo hicieron que todo en ella encogiera, a excepción de la nariz, lo que la hacía parecer un frailecillo con las alas cortadas, inmóvil en su roca en medio de la tormenta.

Me incliné un poco hacia delante por la ventana abierta y divisé nuestro portal algo más allá. Enfrente había un triciclo con carga delantera, y, junto a él, un joven pakistaní con unos pantalones varias tallas demasiado grandes, fumando. Se giró cuando otro joven salió del portal. Hicieron un «chócala» y caminaron por la acera con los hombros caídos y los pies hacia fuera. Mi madre no llegó a ver la transformación del barrio. El sábado que ayudé a Georg con tus últimas cosas, a ella le quedaban pocos años, pero ninguno de nosotros podía saberlo. Ni siquiera llegó a los sesenta. Yo llevo más de diez años siendo mayor que ella, y todavía no me he acostumbrado. Mi madre, una mujer más joven que yo.

Como de costumbre, primero entreabrió la puerta, me reconoció y la cerró de nuevo para retirar la cadena de seguridad. Entré en la sala delante de ella e hice girar la rueda de la rueca que había en un rincón como recuerdo de una rusticidad que ni siquiera ella había conocido. «¿Por qué no te deshaces de este armatoste?», le pregunté mientras miraba los radios de la rueda, que giraba cada vez más lento y al final se detuvo. Le hacía la misma pregunta

cada vez que la visitaba, y todas las veces se callaba, como ofendida en su dignidad. Había sacado las tazas, las de las flores azules. Le di la bolsa de pastas, y, mientras ella las pasaba a una fuente en la cocina, observé la fotografía de su confirmación, el resplandor de su vulnerable confianza juvenil. Se sentó en el sofá, me dejó la silla buena. «¿Todavía sin novedad?» Sujetó con un dedo la tapa de porcelana de la cafetera mientras servía. «No van a encontrarlo», sentenció. «Es increíble», comentó. «Ya sabes cómo lo apreciaba. También a Anna, por supuesto», añadió. «Tenían una aventura», dije. Ni siquiera había decidido contárselo, lo dije sin más. Al principio, pareció no entenderlo. «No debes decir algo así», me regañó. «Es verdad», dije.

Añadió un terrón de azúcar al café y lo removió con un movimiento mecánico mientras levantaba el platillo. Habría sido más considerado no contárselo. Me di cuenta de que la abrumaba con mi enojo hacia gente que ya no existía. «¿Cómo se las arregla su marido para vivir solo con los dos chicos?» Apartó la taza y juntó las manos en el regazo mientras me miraba. «Por lo que sé, bien. Es un hombre muy práctico», repuse. «Tal vez pudieras ayudarle de vez en cuando», dijo. «Sí, tal vez», dije. «Estoy segura de que él lo apreciaría», añadió. Me encogí de hombros, y se hizo el silencio entre nosotras, como tantas otras veces antes. Se oyó de nuevo el reloj de péndulo que medía el paso del tiempo entre las paredes amarilleadas. Miré de reojo la fotografía enmarcada de una joven esperanzada. Lo único que se llevó de Stege cuando, al amparo de la oscuridad, abandonó su pueblo natal con una hija recién nacida en brazos. «Es como si la historia se repitiera», dijo. «¿A qué te refieres?», le pregunté. Me miró un rato antes de continuar, y el perpetuo temor de su mirada fue relevado por una calma triste. «Ahora también ha desaparecido tu marido. Al igual que desapareció tu padre», dijo en voz queda. «Mi padre no desapareció», dije. «La guerra no fue una avalancha, fue la guerra. Estará en algún sitio, lo que pasa es que no sabemos dónde.» Ella bajó la mirada a sus manos. «La guerra fue una avalancha», dijo.

De vuelta en autobús, estaba sorprendida conmigo misma. Podría haberle hablado de mis tardes en casa de Georg y los chicos. ¿Era pensar en su aprobación lo que se me hacía insoportable? Vi una niña en un paso de cebra, con una mano se agarraba a una mujer y en la otra llevaba un chupete grande a rayas. Seguro que había estado en el Tívoli. Recordé que les había prometido a Stefan y Morten una bolsa de chuches para cada uno, y compré dos bolsas de dulces de regaliz en el quiosco de la estación de Vesterport. En el suburbano vi ante mí la imagen de un Georg más joven sujetándote con seguridad por el talle mientras bailáis *slowfox*. No me bajé en la estación habitual; continué hasta la siguiente, y caminé rápido por el viaducto. No estaba segura del camino, y tuve que guiarme por el instinto. Un torneo así duraba casi todo el día, pero se estaba haciendo tarde.

Al cabo de unos minutos pude guiarme por el lejano sonido de voces de chicos, ahogadas de vez en cuando por un silbido estridente. Seguí la cerca de alambre que discurría a lo largo de la zona deportiva en busca de una entrada, mientras miraba a los chicos vestidos con camisetas de colores diferentes que corrían por la hierba o estaban con los adultos viendo el partido. Temía no reconocer a Stefan y Morten o no ver a tu padre. No había pensado que Georg se les hubiera unido, pero puede que fuera ese el plan desde el principio. Aún no me había visto. Me detuve a cierta distancia del grupo de padres y madres que, expectantes, seguían el encuentro. Los gritos de ánimo se intensificaron, por lo visto había una oportunidad de marcar. Georg sonrió, apretó el puño derecho y echó el brazo izquierdo por encima del hombro de tu padre. Me quedé quieta hasta que giró la cabeza y me vio.

Ocupé el lugar que dejaste libre. Acepté tu vida, Anna, igual que años antes acepté tu vestido de novia. No fue tan difícil como podía pensarse. Los chicos atacaron los dulces de regaliz en cuanto estuvieron en el asiento trasero, con los pantalones y calcetines llenos de hierba y tierra. Georg me miraba de reojo mientras conducía. Tu padre venía detrás en su coche. Había preparado lasaña en casa, llevaba la fuente en el maletero. Morten me preguntó si me quedaría a

cenar, y Georg me miró una vez más. Era la primera vez que me sentía como una invitada, pero cuando los chicos estuvieron acostados y tu padre se marchó a casa, me quedé sentada. Sacamos los vasos a la terraza. Le pedí que me enseñara a bailar *slowfox*. Me miró un poco antes de responder. Pensé que eso nos permitiría tocarnos, a pesar de no ser pareja. «¿Ahora?», preguntó. Asentí en silencio y me levanté de la silla.

Mientras comíamos lasaña con los chicos, tu padre se inclinó hacia mí y sonrió. Me preguntó si me acordaba de la vez que me llevaste a tu casa de Roskildevej. Entonces también había hecho lasaña. Debió de ser diez años antes. Fue la única vez que visité el hogar de tu infancia, pero él hablaba como si solo hubieran pasado unos meses. Hablaba de mi visita como de algo muy importante. A mí nunca me lo pareció, casi la había olvidado. Tú nunca estuviste en mi casa de Amerikavej, y ni siquiera hablábamos de ello. Tampoco creo que te sintieras avergonzada, como me habría sentido yo. Recuerdo con claridad el pequeño bungalow, el jardincillo delantero, el sendero de entrada, cubierto de baldosas de cemento, tras la verja de entrada de hierro forjado. Ciento veinticinco metros cuadrados, no tendría más, pero era suficiente para crear un mundo cuando eres una niña. Envidiaba el cariño con el que abrazabas a tu padre, que era una cabeza más bajo que tú, y también a tu madre regordeta, que sonreía todo el tiempo por la pronunciación de su marido y lo corregía. Verlos juntos me producía dolor, porque pensaba en mi madre y en lo embarazosa que era a veces nuestra relación.

Tu madre se reía porque era tu padre quien cocinaba, pero de todas formas se le notaba que estaba orgullosa. Vuestro comedor era muy elegante, con mantel sobre la mesa y servilletas bordadas, y tu padre había descorchado una botella de tinto. Te rió cuando ibas a servir. Dijo que ya te había enseñado

que no había que agarrar la botella con la mano vuelta hacia la persona a la que sirves, que era feo. A mí me asustó el tono de su voz, pero tú te reíste; estaba claro que no era tan grave como sonaba. «Sirves», dijo tu madre, «no “serves”», y se echó a reír ella también. Había un cuadro colgado de la pared, un cuadro cude de un islote surgiendo del mar azul, azul. Le pregunté si era de Capri. «De Salerno», contestó, y se limpió los labios con el dorso de la mano. Me explicaste dónde estaba Salerno, y entonces le pregunté cómo había terminado en Dinamarca. Tú y tu madre lo mirasteis con atención, como si nunca hubierais oído la historia, la historia de cómo viniste al mundo.

Me acordé de aquella historia, mientras él estaba sentado frente a mí, entre Georg y sus nietos: un hombre flaco, arrugado, de sienes hundidas y pelo corto canoso. Traté de imaginarme qué aspecto tendría antes de la guerra, aquel joven marinero de Salerno que se desenroló en Copenhague. Metiste baza en su relato: no había estado solo en Copenhague, dijiste, y me contaste que conoció en un bar a un tipo de su misma edad, y que lo oyó hablar de la aventura de la criolita de Groenlandia. Se trabajaba en verano, añadió, y vivías en Copenhague el resto del año con el dinero que habías ganado. Se echó a reír, abriendo tanto la boca que se le veían las muelas de oro: vivían como reyes; pero entonces vino la guerra, y se le acabó el chollo. Consiguió trabajo en una fábrica de herramientas que producía piezas de repuesto para los alemanes. De algo había que vivir, dijo alzándose de hombros; y fue allí donde recibió formación. Después de la liberación, en realidad quería volver a casa, pero Salerno estaba arrasada, sus habitantes vivían como perros. Y así fue como conoció a tu madre.

Y mi padre, ¿cómo era? Me lo preguntó por cortesía, seguro, para que no se hablara solo del anfitrión, pero leyó en tu cara que había metido la pata. Tampoco tú sabías nada, debiste de darte cuenta de que no había que preguntar. «No conocí a mi padre», dije, y sonreí. «La guerra», añadí, haciendo un movimiento vago con la mano. «La guerra», repitió tu padre, y bajó la mirada al plato, antes de volverse hacia ti y pedirte que nos sirvieras

un poco más de vino. «Y agarra la botella sin darnos un cedazo en la nariz», añadió con tono jovial. «“Codazo”, no “cedazo”», dijo tu madre. Evité tu mirada, aliviada, cuando me preguntó por mi empleo en la sección de anuncios.

La guerra fue la guerra. La guerra fue una avalancha. Algunos desaparecieron, y a otros les tocó vivir una vida diferente a la que habían imaginado, en otro mundo. Me habría gustado hablarte de mi padre. Eres la única persona a la que me habría gustado contarle quién era, si no fuera porque tampoco yo lo sé. ¿Por qué no reuní nunca valor para hacerlo? Tampoco dije nada a Henning, ni a Georg. Ambos debieron de pensar que no llegué a conocerlo. Después de morir mi madre, ya no hay nadie que sepa quién soy. Tanto Henning como Georg debieron de darse cuenta de que no quería hablar de él. Quizá creyeran que había muerto, pero aquel domingo que fuimos a visitar a tus padres, lo más probable es que estuviera vivo. Andaría por la cincuentena, y lo más seguro es que hiciera vida corriente en algún lugar de Alemania. No había ni una fotografía de él, sólo sabíamos su nombre: Thomas Hoffmann. Seguro que muchos alemanes se llamaban así. Tampoco se me ha ocurrido buscarlo, nunca.

Ya sé que es demasiado tarde para decírtelo, pero tengo mis razones. Hay gente que, si supiera que estoy aquí escribiéndote, se preocuparía. Stefan no querría ni oír hablar de ello, y Mie, que tiene solución para todo, me enviaría al psicólogo. Ninguno de ellos entendería que las cosas pueden ser perfectamente incomprensibles y, al mismo tiempo, del todo lógicas. Está en la naturaleza de las palabras que hay que dirigirle a alguien. Si no, se quedan en el diccionario, esperando a que escampe. Puedes disponer de ellas, pero solo si a la vez las transmites. No puedes quedarte con ellas, eso las convierte en triviales. No estaría aquí contándote esto si no fueras tú, si no fuera yo. Pero eres tú, siempre has sido tú, y me gustaría hablarte de mis padres. Me gustaría hablarte de Sigrid y de Thomas.

Ella no tenía ni veinte años. Su padre trabajaba en una cantera de grava cerca de allí, pero enfermó de los bronquios. Lo único que podía hacer era quedarse en casa resollando; el sonido se extendía por el piso y a ella le llegaba a través de la pared de su cuarto. Mi abuela era ama de llaves en el hotel, así fue como le consiguió a Sigrid trabajo en el bar. Sigrid servía a los huéspedes por la noche, y de día trabajaba para un panadero. Como he mencionado, era guapa, y no le daba miedo trabajar. El panadero quería que se prometiera con su hijo, pero ella no estaba interesada. Antes de dormir, solía leer libros en la cama. Su madre le decía que anduviera con cuidado, porque, de lo contrario, pronto iba a necesitar gafas. Y sería una pena, una chica tan guapa como ella. Pero Sigrid seguía leyendo, y se decía a sí misma que la vida podía ofrecer algo más. No sabía qué, pero tampoco era necesario; de hecho, era mejor así. No saberlo. No deseaba saber qué iba a depararle el futuro, pero sí que sabía que, fuera lo que fuese, iba a ocurrir en un lugar diferente a Stege. El futuro nunca iba a llamar a su puerta allí, habría contestado si le hubiera preguntado alguien; y se preparó para el día en que tuviera que marcharse para acudir a su encuentro.

A los oficiales alemanes les gustaba ir al hotel. Todas las noches se juntaban en la mesa que había en un rincón del bar, y al final solo acudían ellos y los contratistas que hacían negocios con la Wehrmacht. El resto de los hombres del pueblo se negaban a entrar, cosa que preocupaba al dueño del hotel, por lo que decía mi madre. En aquel momento, todos sabían cómo iba a terminar aquello, todos excepto los colaboracionistas y los oficiales alemanes. Se decía en voz baja que la guerra no podía durar más de un año, a lo sumo, pero en la mesa de los oficiales la excitación y la alegría iban en aumento con el paso de los meses. Era el tono que imperaba en aquella mesa, y las caras nuevas se adaptaban rápido. Cuando se animaban, se ponían a cantar, hasta que

el dueño se acercaba con cortesía para hacerles saber que era la hora de cierre. Sigrid debía esperar a que se fueran los parroquianos para fregar. Muchas veces no se acostaba hasta bien pasada la medianoche. Los oficiales la miraban con buenos ojos, casi siempre con jovialidad, y ella lo tomaba con cortesía, se limitaba a sonreír; pero, por lo demás, todo eso le resbalaba. Se daba cuenta de que el dueño estaba contento por lo popular que era y por cómo lo gestionaba. Algunas veces le daba algo bueno para llevar a casa: un salchichón, una libra de café, ese tipo de cosas valiosas. También los oficiales le daban de cuando en cuando propinas, que ella, vacilante, aceptaba. Vacilaba sobre todo cuando se emborrachaban y con sus miradas y gestos le hacían ver lo simpática que era.

Una noche de agosto montaron más barullo que de costumbre. Los únicos clientes eran el habitual grupo de oficiales sentados a la mesa de siempre. Los uniformes hacían que pareciesen iguales, y ella todavía no había reparado en una cara nueva. Era una noche calurosa, y parecía más calurosa aún porque las ventanas estaban tapadas y cerradas a causa de los ataques aéreos. Varios de los oficiales se habían desabrochado la guerrera, y estaban bebiendo de lo lindo. Uno de ellos encendió un cigarro, y cuando ella estaba sirviendo otra ronda de cerveza, de repente la agarró del talle y la obligó a sentarse en su regazo. Ella esperaba que la soltase enseguida, pero notó la mano de él encima de un pecho, y se separó de un tirón, con tal violencia que el oficial se cayó de la silla. Resonaron las carcajadas mientras ella, como paralizada, veía al desvergonzado ponerse en pie con la cara roja. Alcanzó a ver al único de los oficiales que no reía. No lo había visto antes: pálido e inmóvil, era más joven que los demás y llevaba la guerrera bien abrochada. El dueño llegó corriendo, atraído por el alboroto, y ella se cruzó con él camino de la cocina. Desde allí oyó que el grupo se despedía mientras el dueño, sin perder el humor, aceptaba en un alemán chapurreado las excusas de los oficiales. La dejó ir a casa sin recoger, pero ella se quedó en la oscuridad detrás de la entrada de la cocina hasta que, minutos más tarde, se hizo el silencio en el exterior.

Hacía casi tanto calor fuera como dentro, y la luna llena de agosto colgaba sobre la cala. Arrastró la bici por el patio interior. De pronto, oyó un crujido en la grava detrás de ella. El joven oficial salió de las sombras y se quitó la gorra con una solemnidad que la habría hecho sonreír si no hubiera estado tan asustada. En la escuela se le daba bien el alemán, y entendió casi todo lo que decía el joven. Deseaba disculparse. Ella le contestó que él no había hecho nada. Él dijo que estaba avergonzado por haber estado sentado a la misma mesa. Caminaron juntos por la calle. No había nadie alrededor, pero en medio del silencio parecía como si todos pudieran oír cada palabra que intercambiaban. Hacía poco que lo habían destinado allí, y no conocía bien el pueblo. Ella le dijo que anduviera con cuidado, no fuera a perderse. Su cortesía la incitaba a burlarse de él. Oía en la voz del oficial que estaba sonriendo. ¿Sería tal vez mejor que no la acompañara más? Sí, tal vez, dijo ella.

Así fue como empezó la historia de amor de mi madre. Pensaba en él cuando llegó a casa, a su cuarto, y durante el día siguiente, hasta que dejó de pensar en él. Los días posteriores no lo vio; por la noche no estaba sentado a la mesa de los oficiales, y tampoco la noche siguiente. Los demás se comportaban más discretos que de costumbre, y el fumador de cigarros —el que le había tocado el pecho—, exageradamente noble y comedido. Ya había olvidado casi la breve conversación de la noche de agosto, cuando de pronto una tarde apareció el respetuoso joven oficial en la panadería donde era dependienta. También él pareció sorprenderse. Había más clientes, y cuando le tocó el turno, se contentó con sostener la mirada de ella durante un segundo, antes de pedir un pastel de mazapán. Goloso, pensó Sigrid para sí mientras reprimía una sonrisa. El joven pagó y se fue, y ella atendió al siguiente cliente, contenta porque él no había revelado que se conocían. Pero ¿qué podía haberle dicho? La irritaba pensar en él sin cesar, mientras los clientes entraban y salían. A la luz del día era más guapo de lo que recordaba. Rostro alargado, ojos verdes, pelo trigueño, o algo así.

«Te pareces a él», dijo mi madre. Me contó la historia la Nochevieja que cumplí catorce años. Siempre estábamos solas en Navidad y Año Nuevo, solo me tenía a mí. Desde que llegamos a Copenhague, mi madre había vivido así: retraída, en guardia. Hasta entonces, yo creía que mi padre había muerto siendo yo un bebé. Le pregunté si no se le había pasado por la cabeza que era alemán, y, además, oficial. «Sí, al principio», me respondió.

Días después de haberle vendido el pastel de mazapán, una noche el joven oficial se sentó de nuevo a la mesa de la tertulia. Cuando ella lo servía, él evitaba su mirada, y se marchó antes que los demás. Al salir ella, él estaba esperándola en el patio. La acompañó una parte del camino, como la primera noche. Aquello se repitió: él la esperaba, y caminaban juntos en la oscuridad, al principio por las calles, después en dirección opuesta, hacia la cala. No me contó cuándo la besó la primera vez, y, claro, era demasiado pudorosa para decirme cómo encontraron un sitio para estar solos. Se lo guardaba para sí, y ni siquiera he intentado imaginármelo. Tendrás que prescindir de los detalles, Anna, es lo que he hecho yo. Lo único que sé es que tenían todo el cuidado que se puede tener en un pueblo. Mi madre no dejaba que la llevara del brazo por la calle, como hacían otras chicas liadas con alemanes, porque eran unas presumidas o, simplemente, demasiado tontas. Me miró. «Eres la hija bastarda de un soldado alemán», me dijo con una sonrisa extraña. «Ahora ya lo sabes.»

El único riesgo que él se permitía era entrar en la panadería todas las tardes, comprar un pastel de mazapán y cruzar una mirada rápida por encima del mostrador sin pestañear. Volvió a aparecer en el bar del hotel por las noches, de mala gana. Tenía miedo de despertar sospechas si no acudía y a alguien se le ocurría relacionar su ausencia con la agresión del oficial que fumaba cigarrillos. Su cautela era conmovedora, como si estuviera asustado. No era precisamente lo que se habría esperado de un soldado. Se reunían por la noche junto a la cala, en los senderos que discurrían al lado de los prados. Hablaban con gran naturalidad, como si se conocieran desde hacía tiempo. Él era de un pueblo cercano a Weimar, donde su padre tenía una pequeña

impresión. Hablaba de Goethe y le recitaba textos. Quería saber qué libros le gustaban, y se le hacía incomprensible que no hubiera leído a Ibsen.

Soñaba con ser director de teatro. Cuando lo fuera, iba a poner en escena *La dama del mar*. Le contó la historia de la mujer del fiordo que espera a un marinero. Le ha dicho que un día va a regresar para llevársela. De todas formas, ella se casa con otro, un viudo con hijas crecidas, y, lo que son las cosas, Anna, el marinero vuelve al cabo del tiempo. Cuando ella pide a su marido que le conceda la libertad y él accede tras vencer sus escrúpulos, ella decide en el último momento quedarse con su marido. «Luego pensé que era como si Thomas hubiera querido decirme algo», dijo mi madre. Era raro oírlo llamarlo por su nombre, pero de hecho era más raro que yo me extrañase. Un joven alemán que se llamaba Thomas y aún no era mi padre. «Pero no me casé», continuó. «Él tampoco volvió», añadió tras una pausa.

Una noche de otoño caminaban como de costumbre por el sendero entre los prados y el juncal. Hacía tiempo que las últimas bandadas de aves migratorias habían atravesado el Báltico. Una única vez estuvieron juntos viéndolas pasar. Fue un domingo. Los dos desafiaron toda medida de seguridad como por un impulso común, para buscar refugio en su lugar de encuentro habitual bajo el nítido sol de octubre. Lo tomaron como prueba de su intimidad: dos almas y un mismo corazón. En medio del viento y la oscuridad, la voz de él sonó sombría. Dijo que la guerra no iba a durar mucho más, que pasados unos meses Hitler la perdería, y Dinamarca, toda Europa, iba a liberarse. Después, ella se extrañó de que él viera las cosas con tal claridad. La atrajo hacia sí, un día iba a volver, «*in einem anderen Anzug*». <sup>1</sup>

Una no puede evitar imaginárselos, ¿verdad? Ante el agua sacudida por el viento, tras los juncos. Ella se apoya en su bicicleta negra de chica mientras él, delgado y tieso en su uniforme, la estrecha entre sus brazos. En algún momento, ella se le ha entregado. Ya sé que suena anticuado, Anna, pero no puedo emplear ninguna otra palabra al uso. No han echado un polvo, no han follado, no es eso; y no es porque quiera mostrarlos más castos de lo que eran.

Estoy segura de que lo que inclinó la balanza fue algo más que la lujuria. No es porque quiera idealizar sin necesidad, pero ¿quién dice que la verdad es siempre vulgar? Stefan cree que sí, que la verdad es vulgar, cuando se ha pasado con el tinto californiano mientras asa unas chuletas en la barbacoa de la terraza. Cuando Mie tiene que hacerlo callar con un manotazo de advertencia en la nuca, no porque esté siendo maleducado, sino porque no es guay reducir todos los anhelos humanos a tetas y pollas.

No es porque quiera idealizarlo. ¿Qué es una historia de amor? Dos personas jóvenes que se sienten atraídas la una por la otra. Ella tenía diecinueve años, y él iba para los treinta cuando se conocieron. Mi madre le regaló una cuchara de plata, lo máspreciado que tenía. Era un regalo de bautismo, y tuvo que soportar, además de todo lo que le esperaba, también la muda decepción de su madre por que hubiera podido perder la cuchara. De modo que en algún lugar de Alemania existe una cuchara de plata con el nombre Sigrid grabado en cursiva en el mango. Tal vez la hayan heredado sus hijos. Tal vez se la dieran encogiéndose de hombros al trapero que fue en busca de lo que no querían. O un biznieto come yogur con ella sin que nadie sepa dónde inició su viaje hacia una manita regordeta alemana, lejos o quizá no tan lejos de Weimar. Mi madre ni siquiera recordaba el nombre del pueblo donde el padre de Thomas tenía una imprenta, que, además, seguro que había sido bombardeada como tantas otras cosas. Era imposible saber dónde viviría ahora en aquel país destrozado en el que hordas de andrajosos anónimos vagaban por doquier y donde las ciudades en ruinas apenas se distinguían unas de otras. En el caso de que se hubiera decidido a intentarlo, no habría sabido por dónde empezar a buscar a un tal Thomas Hoffmann, antiguo oficial de las tropas alemanas que invadieron Dinamarca.

Con el paso de los años, cualquier otra lo habría olvidado por ser un enamoramiento juvenil, en este caso, un impulso incontrolado: todo el mundo sabe cómo hierven las hormonas a esa edad. Cómo puedes sentir mariposas en el estómago si una mirada se posa en ti un poco más de lo esperado. Bueno,

tampoco es para tanto; o, dicho de otro modo, se podría buscar en vano una razón más profunda, aparte de que era ella, de que era él. Quizá pudiera haber sido otro joven, pero no lo fue. Y es que los hechos de una vida se hacen enigmáticos cuando esa vida termina. Eso sí, la cuchara de plata existe en alguna parte, el resto son conjeturas; pero la probabilidad de todo ello no es ninguna excusa para hablar mal de la vulnerable confianza de la juventud. Desde luego, no tenían experiencia, solo tenían a Goethe y a Ibsen, y lo que ella había absorbido de la literatura universal en su cuarto, bajo el edredón. Pero ¿por qué debían ser más importantes las hormonas y la casualidad? Con todo nuestro conocimiento, ¿no nos empobrecemos acaso más de lo necesario, sencillamente porque podemos?

Cuando llegó la liberación de Dinamarca, aún no se le notaba que estaba embarazada. De momento, solo tenía una sospecha. Dado el tenso ambiente que reinaba en el pueblo, Thomas y ella pasaron varias semanas sin verse. Ella esperaba todas las noches en la entrada de la cocina del hotel antes de montarse en la bici. Había estado en la cala varias veces antes de regresar a casa. La mesa de los alemanes estaba vacía, y la noche que llegó la noticia de la liberación acudieron nuevos parroquianos al bar. Ella estaba como aletargada mientras servía a los liberados, y las calles retumbaban de excitación. Entre los rostros embriagados y radiantes de alegría, reconoció al hijo del panadero. Le pellizcó la mejilla, juguetón, y le gritó: «¡Alegra esa cara!»; y ella sonrió como pudo y se apresuró a seguir sirviendo, con la bandeja llena de botellas de cerveza. En los ojos de él había un brillo especial. Cuando mi madre volvió al otro lado de la barra, el dueño le pasó un sobre mientras le sostenía la mirada. Ella lo metió en el bolsillo del delantal sin abrirlo, y se apresuró a abrir más cervezas. Alguien había arrancado las cortinas y abierto de par en par las ventanas del bar, y el barullo del interior se mezclaba con las voces eufóricas de la calle.

No leyó la carta de él hasta llegar a casa por la noche. ¿La habría entregado él en persona? Sentada en su cuarto, tenía la impresión de que la mirada

inexpresiva del dueño seguía posada en ella. Lo primero que le chocó fue que no conocía su letra. Había muchas cosas de él que no conocía, y su mente se aferraba a cada una de las pocas palabras que él había garabateado con letra apretada y menuda. Decía que esperaba que lo deportasen en breve. Decía que iba a volver, que no iba a olvidarla.

Unos días más tarde, Sigrid formaba parte del gentío que vio a los alemanes salir del pueblo desfilando. Para entonces no cabía ninguna duda, porque había tenido ya más de una falta. Trató en vano de identificar a Thomas entre los rostros inexpresivos. Estaba de puntillas y con el cuello alargado cuando de pronto alguien la asió con fuerza del brazo y casi la hizo caer. Al principio, no reconoció al hijo del panadero, tocado con un casco de acero plano. También llevaba el brazalete de la Resistencia, pero ella no podía imaginar que hubiera hecho nada especial con aquellas manos pálidas y pastosas. La llevó a la escuela y la metió a empujones en la sala de gimnasia. Reconoció el olor a sudor y a cera para el suelo entre las espalderas barnizadas y las tablas del suelo, sin brillo ya de tanto pisarlas. Reconoció también algunos rostros de la hilera, parroquianos del bar, varios de los cuales eran de las personas más emprendedoras del pueblo. Había otras chicas, y todos evitaban mirarse. En aquella especie de juicio todo era confusión y griterío. La interrogaron sobre la carta, y vio de nuevo ante sí al dueño del hotel, su mirada impenetrable. No podía haberse permitido otra cosa, ahora que la clientela había cambiado de un día para otro. La cuestión era que los habían visto juntos, aunque no se explicaba quién o cuándo podía haber sido. A ella y a las otras chicas les raparon el pelo antes de pasearlas por el pueblo en una camioneta. Mientras bajaba la mirada y oía los abucheos de la turba, se preguntó si la habrían tratado igual si se hubiera notado que estaba embarazada.

Su padre no volvió a dirigirle la palabra. Ella solo oía su resollar de noche, a través de la pared, cuando no podía dormir. Tampoco su madre le decía gran cosa. Nunca los conocí, ni siquiera tengo una fotografía de ellos.

Sigrid pasó aquel verano sin salir de casa. Hizo un tiempo maravilloso, y todos estaban la mar de contentos. Cuando su madre salía a trabajar, y su padre echaba la siesta, ella se quedaba en la sala; el resto del tiempo lo pasaba en su cuarto. Las primeras semanas, confió en que llegara alguna carta de Alemania, pero el problema era que Thomas no sabía su dirección. ¿Funcionaba acaso el servicio postal de aquel país arrasado? Por la noche salía de casa a escondidas y pedaleaba por el sendero a lo largo de la cala con una inusual sensación de aire fresco en el cuero cabelludo y en la nuca.

Echaba una mano en casa, limpiaba y cocinaba para sus padres, pero se libraba de hacer las compras y de exponerse a miradas e indirectas. Una noche entró su madre en la cocina mientras ella fregaba los platos. Se puso a secar los vasos y platos que goteaban en el escurrerplatos, pero de pronto se detuvo, con el paño en las manos, y miró el huertecillo tras el lavadero, donde su padre había plantado verdura y repollos. En aquellos tiempos de penurias, vino muy bien todo lo que pudo hacer crecer en aquella estrecha franja de tierra. «Quién iba a pensar que mi hija fuera a terminar acostándose con el enemigo», dijo su madre con voz apagada, como si hablara consigo misma. Sigrid no respondió. «No estarás esperándolo, ¿verdad?», continuó su madre en voz algo más alta. «No pensarás que ese cerdo alemán estaba enamorado de ti, ¿no?» Sigrid se giró hacia ella. Desde pequeña, se había acostumbrado a que los sentimientos, si existían, solo se traslucieran de forma atenuada e indirecta en el rostro tosco y contraído de su madre, y nunca había presenciado o imaginado que aquel rostro pudiera irradiar incluso maldad. Cuando fue a acostarse, las palabras de su madre resonaban en su cabeza como un disco rayado.

Según pasaban las semanas y los meses, fue perdiendo la fe en que Thomas le enviara una carta o en que volviera, tal como había prometido. Al principio, se decía a sí misma que por supuesto que no podría, tal como estaban las cosas en su país. Siguió luchando contra la idea de que se había burlado de ella, y de que lo había amado en vano. Nunca se resignó a aquella idea.

«Seguro que te ha olvidado», dije con dureza cuando me contó la historia. Ella sacudió la cabeza. «No, no», respondió con calma, «eso no tendría ningún sentido.»

Me he mudado, Anna. Ahora vivo otra vez en Amerikavej, y mi alegría es tan primaria e infantil que a mi cuerpo de setenta años le cuesta adaptarse. No me he traído casi nada conmigo. Envié un mensaje a los chicos para decirles que viniesen a por las cosas que quisieran. Stefan no respondió, está cabreado. Morten se presentó en una furgoneta alquilada para llevarse el sofá de diseño de Kjærholm. Pensé que así se libraba de invertir en el sofá que Mie le había recomendado que comprase, pero no dije nada. Morten evitó con sumo cuidado referirse a ella o a Stefan, y llegué a la conclusión de que debían de haber hablado de nuestro fallido café en Emmerys.

Me acuerdo de cuando comprasteis el sofá nuevo, tú y Georg. Nos invitasteis a estrenarlo; Henning no dejaba de pasar la mano por el tapizado de becerro de color rojizo. Las primeras veces que me senté en él, me daba la impresión de estar en libertad condicional. Ya conoces mi eterna sensación de no estar a la altura. La conocías, pero no sabías nada del motivo de mi vergüenza. Todavía la siento de vez en cuando, aunque he dejado atrás todo eso, como los muebles. Telefoneé a los traperos de Emaús y les pedí que vinieran a por el resto. Después fui a IKEA y encontré lo más necesario: una cama, una mesa, unas sillas. Ahora hay menos que nada. ¿Puede decirse así, Anna? Está un poco menos que vacío, es decir: con pocos muebles. Por cierto, dicen que está de moda. Algo menos que la nada, es decir: no la muerte, todavía. Con un poco de suerte y sensatez, me quedan quince, quizá veinte años de vida. No está mal, cuando te pones a pensarlo, pero no tengo tiempo para tonterías. No tengo tiempo para Stefan y sus carencias egocéntricas.

Llevaba semanas sin tener noticias de él, cuando de pronto llamó. ¿Por qué no respondía nunca el teléfono? Le dije que había dado de baja el teléfono fijo. Pero tampoco respondía el móvil, insistió. Le expliqué que no lo había cargado desde la muerte de Georg. ¡Pero ahora lo había respondido! ¿Era porque estaba llamando desde otro número? No me había fijado para nada en el número de la pantalla. Que había llamado una y otra vez. Su voz sonaba entre ofendida y recriminatoria. Traté de explicarle que mi teléfono tiene una fastidiosa tendencia a ponerse en modo silencio sin que se lo haya pedido. De buena te has librado, Anna. Los teléfonos móviles tienen vida propia, o, mejor dicho, nos imponen la suya. Inalámbricos, sí, gracias, pero hay que estar siempre disponibles. ¿Qué clase de libertad es esa? Por supuesto, podía no haber respondido la llamada.

Me encontraba en unos almacenes de bricolaje y construcción que se encuentra en las afueras, al oeste, calculando si el cubo de diez litros de pintura de pared entraría en la cesta de mi bici, o si tendría que contentarme con cinco litros. Eran unos cubos enormes, Anna, pero hay un deleite especial en hacer tú misma las cosas. En perderte en la repetitiva rutina del trabajo. Empiezo a entender por qué le gustaba tanto a Georg trabajar en el banco de carpintero del garaje. Lo tenía todo colocado en estanterías, ordenado y con cada cosa en su sitio. Incluso había dibujado los contornos del martillo, de la palanqueta y demás herramientas en el panel perforado del que colgaban. La primera vez que lo vi, estuve a punto de decir algo divertido, pero me callé. A Stefan le encantaba que lo dejara estar allí. Morten era justo lo contrario: aborrecía todo tipo de útiles, como si fueran seres malvados que solo pensaban en morderlo y arañarlo. Se tumbaba en el sofá Kjærholm y leía libros de *Los cinco* mientras Stefan y Georg arreglaban cosas. Hay cierta justicia histórica en que el sofá esté ahora en la casa de él y Thea; pero, Anna, he de confesar que ya no es lo que era. En no recuerdo qué cumpleaños de los niños, se derramó una taza de chocolate, y los cojines de cuero están

agrietados. Nunca les he dado grasa. ¿Te acuerdas de cómo solías frotar y frotar?

Por su forma de hablar, me di cuenta de que Stefan tenía un orden del día, mientras yo vacilaba entre el brillo 10 y el brillo 20. Estaba furioso, y se trataba de una furia acumulada. Se había visto obligado a depositar su furia en el banco, por así decirlo, porque no podía contactar conmigo ni por el móvil ni por el fijo, y ahora tocaba devolver con interés compuesto. Exigía una disculpa. «¿Por qué?», le pregunté. «Tienes que pedirle perdón a Mie. Debes tratar a mi esposa con dignidad.» Había algo de cómico en la solemnidad con la que dijo «mi esposa», como si fuéramos extraños. De repente, lo éramos. Mi voz sonó pastosa por la incomodidad. «Creo que es lo que hago», dije. «No debes criticar su forma de ser madre», insistió. Ah, pensé: por supuesto. Stefan es un hombre bueno que sabe escuchar. Lo han enviado a hacer un encargo. «No tienes ni idea de lo que hablas; al fin y al cabo, no sabes lo que es ser madre», continuó. Sed de sangre, y noté que me volvía dura y fría. «Es posible», respondí, «pero, de todas formas, creo que no es saludable para los niños seguir tomando el pecho hasta que se les caen los dientes de leche. Es posible que así ganen anticuerpos, pero va a faltarles temple si no los destetan a tiempo. Si es que casi se le comían los pezones.» Él se calló un momento. Su voz sonaba muy diferente cuando continuó, en tono bajo: «No sabía que pudieras ser tan ordinaria», dijo. «Bueno, en realidad lo sabía muy bien.»

Cuando cortó la comunicación, me quedé un rato con el teléfono en la mano. Pensé en los disparates pueriles sobre tetas que solía soltar cuando se había pasado con el vino tinto, retozón y autocomplaciente en el papel de chico travieso. Era inútil pensar en ello. No iba a haber oportunidad para recordárselo, y, de todas formas, sus oídos no podían sintonizar ninguna longitud de onda que no fuera la de Mie. Supongo que es el marido ideal, agresivo en su trabajo, pero dócil en casa. Mientras llevaba el cubo de pintura a la bici, me di cuenta de que Stefan había dado en el blanco. Qué bien supo dónde atacar. Había guardado ese dato en la reserva todo aquel tiempo sin que

yo le hubiera prestado atención, sin dejar entrever nada. Siempre había sabido lo ordinaria que era yo. Mientras pedaleaba de vuelta al centro, la palabra se me quedó grabada a fuego donde había pretendido herirme. No es fácil hacer equilibrios con diez litros de pintura plástica en la cesta de la bici cuando al mismo tiempo te sientes tan expuesta. Como si todos pudieran ver qué clase de persona eres. No era tanto que no hubiera conocido la primigenia sabiduría femenina a la que da acceso la explosión de estrógeno propia de la maternidad, dejémoslo estar. En relación con eso, estaba asombrada, casi aturdida, por el deseo de Stefan de ir hasta el final, pero su frase de despedida llegó más adentro. Aquella palabra: «ordinaria». El reconocimiento de que nunca había olvidado cuáles eran mis orígenes. La humillación golpeó un fondo feo, mugriento, de mi interior; y no era ningún alivio que él no supiera que más abajo había un pozo más profundo aún.

Las vagas expectativas que tenía Sigrid de algo más nunca la llevaron muy lejos. Una avalancha cortó el camino, y de pronto estaba en un sitio diferente. Ya era invierno para cuando me dio a luz en el hospital de Næstved. Una de las primas mayores de su madre vivía en la ciudad y accedió a tener a Sigrid en su casa los días anteriores al parto. Había que decir que el padre trabajaba en un barco de cabotaje. Cuando, con cinco años, empecé a preguntar, recibí una versión de la misma historia. En mi versión, su barco había sido hundido al chocar contra una mina. La prima de su madre, más que reprobarla, sacudía la cabeza. «Pobrecita», le dijo, «¿en qué lío te has metido?» Compró ropa para ella, peleles, pañales de algodón, y le prestó un viejo cochecito de niño que guardaba en el sótano. Una semana después del parto, Sigrid tomó una noche el último autobús regional y regresó a Stege. El conductor le ayudó con el cochecito. Aquella amabilidad hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas, porque pensaba en lo que le esperaba. Aunque había procurado llegar cuando la mayoría iban a acostarse, fue como si la vieran por las ventanas frente a las que pasó. Las farolas se reflejaban en las oscuras ventanas, y detrás de ellas

se imaginó que la gente miraba a la chica del soldado alemán que volvía con su criatura.

Había tomado la decisión antes de llegar al portal de sus padres, y parece ser que su madre había pensado lo mismo, porque al día siguiente fue a la caja de ahorros y sacó lo que tenía en la libreta. Depositó los billetes en el mantel de hule, frente a Sigrid. Su padre estaba en la sala, resollando. «Era para hacer más llevadera nuestra vejez», dijo la madre, «pero tómallo. Tómallo y vete.» Nunca más volvieron a verse. La noche siguiente, Sigrid tomó otro autobús regional y dormimos en el hotel de la estación de Vordingborg. Cuando se acostó en aquella habitación extraña, debió de pensar que Thomas ni siquiera podría encontrarla si un día regresaba de verdad. A la mañana siguiente tomó el tren a Copenhague. Mucha gente ayudaba a aquella joven que viajaba sola con un bebé, un cochecito y una maleta.

Había dinero suficiente para que al principio pudiera alojarse en una pensión modesta. Pronto encontró plaza en una guardería, porque era madre soltera, y se puso a buscar trabajo. Consiguió empleo en una fábrica de cartón de Vanløse, y al poco tiempo tuvo la suerte de encontrar el piso de Amerikavej; pero las jornadas de trabajo eran largas, y se fatigaba mucho yendo de un sitio a otro en bici, hiciera frío o calor, para poder recogerme a tiempo. Probó diversos empleos, hasta que al final se conformó con hacer la limpieza en una escuela cuando los niños se iban a casa. Era cansado, pero soportable, y una señora del mismo portal tuvo la amabilidad de cuidarme hasta que fui lo bastante mayor para poder estar sola en casa.

Sigrid intercambiaba postales navideñas con la prima de su madre, la de Næstved, y creía que, si un buen día Thomas trataba de ponerse en contacto con ella, lo remitirían a la prima. Fue a través de ella como supo que su padre había muerto. Unos años más tarde, dejaron de llegar las felicitaciones navideñas, la prima debió de morir también, y, varios años después, llegó a la conclusión de que también su madre debía de haber muerto. Cuando dirijo la mirada a aquella época, debo tener presente que para ella la soledad, el

desgaste y pensar todo el tiempo en mi padre debieron de verse compensados por el alivio de que nadie supiera nada. Su soledad era como una tundra. Los primeros años después de la guerra debió de decirse a sí misma que la amabilidad que a veces mostraba la gente era inmerecida. Debió de sentirse como una impostora. Cuando crecí y me contó quién era mi padre, me empujó a la misma soledad. Ni siquiera podíamos apoyarnos la una en la otra. Siempre estás a solas con la vergüenza, y casi llegas a odiar a quien en realidad amas.

Fui un error, nunca debí nacer. En mi conciencia de catorce años, la historia de amor de mi madre no podía compensar la historia de su deshonra. La hice mía, y durante todos estos años me ha acompañado como un insistente perro sin dueño. Nadie me ha sido más fiel que mi chucho sarnoso, y nadie me conoce mejor que él. Un día oí al verdulero decir a una clienta lo que se debía haber hecho entonces con gente como yo. «Lo llevan en la sangre», dijo. Bajé la vista, con la boca reseca, mientras esperaba mi turno. No podía quitarme de la cabeza aquella frase que subyacía a las otras ideas y a lo que ocurría a mi alrededor. Estaba siempre en guardia, pues debía hacer esfuerzos para que nadie pudiera advertirlo. «Qué alegre está siempre Ellinor», dijo una vez una de mis maestras a mi madre. Mi hipocresía repercutía en todo, incluso en mi alegría. Si alguien me decía algo bonito o me trataba con cariño, no podía permitirme aceptarlo. Porque no era yo. No era la persona que creían. Era otra, la hija bastarda del alemán.

No era porque se hubiera abierto de piernas ante el enemigo. Thomas Hoffmann nunca fue nazi, y era un hombre guapo; me lo había dicho mi madre, con voz apagada, como si alguien fuera a oírnos. Como queriendo disculparse. Mi reacción espontánea fue irritarme. En los días que siguieron, pensé que era como si lo hubiera sabido siempre. Nunca había tenido muchas amigas, tenía una propensión natural a aislarme, como Sigrid. ¿Acaso no me evitaba la gente, sin darme yo cuenta? ¿Se me notaba en la cara que mi padre era alemán? Me puse delante del espejo e inspeccioné mi rostro. Mi madre decía que me

parecía a él. Traté de extraer los rasgos que no eran de ella, la imagen residual de un desconocido.

No, por supuesto que no fue un monstruo nazi. Era la propia soledad la que era vergonzosa. El secreto se nos pegó a las dos como un olor corporal no deseado. Aquel miedo siempre acechante a ser descubierta, reconocida, señalada. Vesterbro y su mísera sobriedad eran un escondite donde también nos eludíamos la una a la otra. Yo evitaba llevar amigas a casa, y buscaba refugio en cualquiera que me invitara a la suya. Cuando se me contagiaba la alegría de una familia normal, me sentía miserable. Si iba a dormir a casa de alguna amiga, no podía conciliar el sueño, porque temía ponerme a hablar dormida. Me quedaba despierta en el piso desconocido, sola en el mundo, y, al mismo tiempo, aliviada por no estar en casa. Soñaba con desaparecer. Cuando me hiciera mayor iba a marcharme lejos de mi madre y de su historia. No hacía distinción entre mi sentimiento de culpa y mi impaciencia. Me convertí en una chica que no destacaba, con facilidad para adaptarse y de trato fácil. Complaciente, esa debe de ser la palabra. Te amoldas a la vergüenza, al igual que te acostumbras a una deformidad. Era lo que hacía Sigrid: se escudaba en la vergüenza, que la volvía arrogante.

Casi nunca veía a nadie, al fin y al cabo me tenía a mí, y las mujeres de su edad con las que trabó amistad empezaron a tener hijos. Recuerdo que solía hablar con las otras madres en el parque. Podía ser amable y sonreír, y creo que disfrutaba siendo una de ellas. Como si también ella tuviera un marido que llegaba a casa del trabajo, y padres a los que podíamos visitar los domingos. En realidad, no tenía por qué vivir en aquella soledad. Todavía andaba por la veintena en la época en que empecé la escuela primaria. Cuando estaba en tercero, recuerdo que nos visitaba un hombre que se llamaba Ejgil. Debía de ser unos quince años mayor que Sigrid, un hombre rubio, silencioso, de pelo escaso que fumaba cigarrillos. Su esposa había muerto de cáncer, no tenían niños. «Por suerte», dijo mi madre una vez. Ejgil daba clases de manualidades en la escuela donde ella hacía la limpieza. Se conocieron un día que él estaba

ordenando el local de manualidades. Dos figuras solitarias en la silenciosa escuela vacía.

A las pocas semanas, mi madre lo invitó a casa a cenar, ya que de todas formas estaba solo; así fue como justificó de antemano su presencia la primera vez que iba a venir él. El viudo que vino a cenar, como si de otro modo fuera a morir de hambre. Empezó a venir un par de veces por semana. Siempre traía algo, una bolsa de caramelos o una tableta de chocolate. Mi madre le decía que no me mimase, pero él se limitaba a sonreír. A veces me leía cuentos antes de dormir mientras mi madre estaba en la cocina fregando, y yo pensaba que sería así en casa de mis compañeros de clase. Los oía, sentados en la sala, hablando en voz baja. Los domingos nos invitaba al parque zoológico o al cine, y una vez estuvimos en el parque de atracciones de Bakken. Fuimos en coche de caballos desde la estación a través del parque de Dyrehaven, y él parecía disfrutar tanto como yo. Llegué a acostumbrarme a caminar con mi mano en la suya, que era grande, caliente y firme. Me construyó una casa de muñecas, fabricó pequeños muebles y compró muñecas. Personitas rígidas sentadas con las piernas estiradas en sus pequeñas sillas. Nunca jugaba con ella, pero aún la conservo.

Aquel verano iba a ir de colonias a la isla de Bornholm. Fue la primera vez que vi rocas de verdad. Me sentía libre junto a aquellos niños desconocidos, porque todos tratábamos con los mismos adultos, tuvieras o no una madre y un padre en casa. Cuando volví, una de las primeras cosas que pregunté fue cuándo iba a venir Ejgil. Mi madre dijo que no iba a venir más. Le pregunté por qué. Dijo que se había mudado a otra ciudad. Me di cuenta de que mentía, pero no parecía estar triste por ello. «No hacíamos buena pareja», añadió, como si se diera cuenta de que la había calado. Yo no entendía nada. Cuando, cuatro años más tarde, me contó la historia de Thomas, pregunté de nuevo sobre la desaparición de Ejgil. «¿No lo querías?», le pregunté. Se encogió de hombros. «¿No lo querías porque seguías amando a mi padre?» Sonrió, y yo me ruboricé. «Pero hija», dijo, «han pasado tantos años desde entonces...»

El otro día vino Morten de visita sin previo aviso. Me encontraba pintando las paredes de la sala. Terminé una pared mientras él subía las escaleras. Se detuvo en la puerta y sonrió con aprobación cuando me volví hacia él con el rodillo en la mano. «Va a quedar bonito», dijo. «Va a quedar blanco», respondí. «Es un barrio curioso», dijo. Sonreí sin querer. «¿Crees que es curioso?» Abrió los brazos. «Pintoresco, quiero decir.» Me abstuve de hacer comentarios. Me gusta Morten. Es mi privilegio como madrastra, Anna, ahora que tus chicos son hombres hechos y derechos. Me está permitido preferir a uno de los dos, y, a estas alturas, paso de ocultarlo. Con Morten puedo hablar, aunque no de Vesterbro. Siempre será un chico de los suburbios. Curioso. Pintoresco. Sórdido. Estremecedor. No entendía qué hacía su madrastra entre peluquerías africanas y chicas con minifalda y botas de plataforma. Me dijo que me había traído unos papeles del abogado para firmar. No mencionó que, por supuesto, era Stefan quien lo enviaba. Los papeles de un abogado nunca han sido la especialidad de Morten. Entramos en la habitación de al lado. Siguió sentado mientras yo firmaba las páginas, donde la secretaria del abogado había trazado una pequeña marca amarilla. Me preguntó si iba a ofrecerle café. «Claro», dije, y fui disculpándome hasta la cocina. Imagínate, Anna: después de cuarenta años de entrenamiento, ni siquiera le pregunté a tu hijo si quería tomar algo.

Morten necesitaba hablar con alguien. Seguía con el asunto de la colega de la facultad, su arrebató del otoño pasado. Al principio parecía incómodo, no solo por la situación, sino también por tener que hablar de ella. Al fin y al cabo, seguíamos de duelo por su padre, y ¿no era acaso más importante? Tomé su mano y le di un breve apretón. «Podemos hablar de ella si te parece», dije. Le vi en la cara que comprendía que yo comprendiera, y enseguida soltó la

lengua. A los dos les resultaba extraño cruzarse en la facultad. Para él, ella seguía siendo la misma que antes de su aventura, casi la misma; tal vez un poco más reservada. Como si nunca hubiera sucedido. Se habían citado todas las tardes en casa de uno de sus amigos, que estaba de viaje. Solía ser duro coincidir con ella en los pasillos y comportarse como si nada, sabiendo que unas horas más tarde iban a estar en los brazos del otro. Me pregunté si me habría hablado así sobre su aventura si hubiera sido su madre de verdad.

«¿Y tu amigo volvió de su viaje?», le pregunté. «Ella rompió antes», contestó Morten con seriedad. «¿Es que no quería dejar a su marido?», dije. «No estaba preparada», dijo él. «Le hacía falta tiempo. Necesitaba que yo respetase que estaba desconcertada. Me pedía que no la presionara.» Dio un suspiro. «¿La presionabas?», pregunté. «Decía que se sentía desgarrada, porque me veía infeliz y porque Masja me había echado de casa.» Hizo un montón con los documentos del abogado. «¿Crees que Masja aceptará que vuelvas?», pregunté. «Nunca», respondió. «Tampoco quiero volver. No quiero sentirme otra vez tan...» Se paró a buscar la palabra correcta. «¿Desgarrado?», pregunté. «Sí», contestó sin que advirtiera, al parecer, mi sonrisa. «¿No es más desgarrador estar entre dos mujeres que no te quieren?» Me miró. «Es que es eso», dijo. «Por eso se siente presionada Agnete. Se llama Agnete. Dice que no puede tomar una decisión mientras yo esté tan..., mientras ella se sienta culpable porque...» Levanté la cafetera. «¿Más café?» Morten me alcanzó la taza. «¿De modo que la pobre y desgarrada Agnete no puede decidir si va a dejar a su marido hasta que superes tu enamoramiento y le quites ese peso de encima?»

No pudo evitar sonreír. Estuvimos un rato sin decir nada. Bajó la mirada al montón de documentos que tenía delante. «¿Puedo preguntar una cosa?», dijo. «Adelante», respondí. «El dinero con el que has comprado el piso... A mí ni me va ni me viene, claro...» Puse la mano abierta sobre el montón de papeles. «Ya que Stefan lo sabe, también tú tienes derecho a saberlo. Mi primer marido, Henning, que murió al mismo tiempo que vuestra madre...» Le

mantuve la mirada y traté de no parpadear. De pronto me di cuenta de que nunca habíamos hablado de vuestra muerte. ¿No es extraño, Anna? Georg debió de hablar de ello con los chicos cuando se hicieron mayores, pero no en mi presencia; y estoy convencida de que nunca os delató. Eso los habría herido, y habría perturbado el vago recuerdo que dejaste en ellos. «La madre de Henning no tenía otros herederos», continué, «y me dejó algo de dinero que nunca he gastado.» Él asintió en silencio. «Pero ¿por qué era un secreto?», quiso saber. «¿Stefan dice eso?», pregunté. «No, no», dijo. Por un instante estuve tentada de contárselo todo, pero no lo hice.

Puedes confiar en mí, Anna, al igual que puedes confiar en Georg. Los mellizos no saben nada de lo tuyo con Henning. Solo erais amigos. Llevaba tiempo sin tener noticias de su madre, cuando oí que se había muerto. Me habría gustado visitarla en el hospital, y mi mala conciencia no mejoró cuando recibí una carta de un abogado diciendo que era su única heredera. Pedí a Georg que metiera el dinero en una cuenta y que lo dejara ahí. Creo que se daba cuenta de que solo de pensar en aquel dinero me trastornaba, y no volvimos a hablar de ello. Casi se me había olvidado de que existía.

Cuando Morten se marchó, seguí pintando. El rodillo de pintura sonaba como los neumáticos de un coche sobre la calzada mojada. Siempre me ha gustado ese sonido; para mí, representa la ciudad. Siempre me ha encantado la ciudad, mientras viví en tu casa, mientras vivía tu vida. Nunca me convertí en una persona de casa en las afueras como tú y tus hijos. A veces aprovechaba la ocasión para ir al centro en el suburbano. Georg no lo sabía, y siempre me las arreglaba para estar de vuelta antes de que los mellizos regresaran de la escuela. Porque ya había dejado de trabajar. No volví a hacerlo hasta que los chicos empezaron en el instituto. Hacía tiempo que mi antiguo jefe se había retirado, y ya no existían los anuncios por palabras, de modo que me pusieron de correctora. Así me leía el periódico todos los días. Porque conozco las palabras, Anna, las conozco por aquellas tardes en Amerikavej, cuando consultaba al azar el diccionario o seguía sin más el orden alfabético. Pero

durante muchos años cuidé tu casa, a tus chicos y a tu marido, y casi me parecía que eran algo mío, que me pertenecían. Mientras otras mujeres se rebelaban y entraban en masa en el mercado laboral, yo cuidaba la casa, hacía las compras y cocinaba. Acompañaba a los chicos al fútbol, controlaba sus cumpleaños y sus deberes, y no me aburría. Aunque parezca extraño, me sentía libre, liberada.

No hace falta decir que pasaba parte del día sola. Algunas veces, cuando había terminado una cosa y todavía no tenía que lanzarme a la siguiente, me tumbaba en el suelo de la sala. Me ponía boca arriba entre los muebles, con los ojos cerrados. Escuchaba los escasos sonidos que se filtraban por las amplias ventanas térmicas que daban a la terraza: un pájaro, hojas al viento, un coche que pasaba. El suave susurro de un radiador. Mi padre no sabe que existo, pensaba. Nadie sabe que él no lo sabe.

Y otras veces, ya lo he dicho, iba al centro. Se me ocurría de vez en cuando. Caminaba al azar de un barrio a otro. Si llovía, me abrochaba el abrigo y dejaba que la lluvia me mojara el pelo. Luego se seca, Anna. No hay mal que cien años dure. Me da la impresión de que mi relato debe de sonar triste, pero no soy una persona melancólica en absoluto, ya lo sabes. A veces estoy contenta, como en la canción: contenta por dentro, aunque no siempre pueda expresarlo. Son estados de ánimo que pasan. Te empujan y presionan, a veces te machacan, y pueden desviarte de tu rumbo, pero por dentro sigues siendo la misma. Te haces mayor, y la ciudad se ha transformado, pero son los mismos ojos y las mismas calles. Daba los mismos paseos cuando era una jovencita. Desde que hice la confirmación hasta que me mudé a casa de la viuda de Søndre Fasanvej, solía vagabundear sola. No tenía ganas de estar a solas con mi madre o estar en casa cuando ella llegaba. No era porque Sigrid fuera una madre severa, más bien al contrario; y si deseaba que me dejaran tranquila, no tenía más que ponerme a leer. Leí todos sus libros, y cuando leí el último me marché de casa. Cuando no tenía nada que hacer, leía o daba una

vuelta por las estrechas calles del barrio antiguo o llegaba hasta Frederiksberg.

Una vez me detuve delante de un portal en Smallegade porque despedía un delicioso olor a cola y a madera recién cepillada. Había un taller de ebanistería en el patio trasero, se veían las máquinas verde oscuro del interior bajo las lámparas fluorescentes. En la puerta entreabierta del portal apareció una mujer empujando una bici. Yo iba a seguir mi camino, pero me detuve porque reconocí la voz que le hablaba desde el patio. La mujer no se movió hasta que el hombre que le hablaba se le acercó. Dos siluetas fundidas en la puerta que, justo después, al salir a la luz grisácea, recuperaron rasgos y colores. Ejgil no había cambiado nada, y también me reconoció. La mujer me miró alerta mientras nos saludábamos. Llevaba un pañuelo anudado bajo el mentón, lo que resaltaba sus mejillas rollizas. Debía de tener la misma edad que mi madre, tal vez fuera más joven. «Esta es Vibeke», me dijo. Di la mano a Vibeke y le hice una reverencia, de lo confusa que estaba. «Estás hecha una mujercita», comentó Ejgil sonriendo, «pero seguro que te lo dicen todo el tiempo.» Sonreí también, y me alcé de hombros. «Todavía guardo la casa de muñecas», dije. «¿En serio?» Su mirada vaciló un poco. «Bueno, tenemos que irnos. Recuerdos, ¿vale?» Me giré en la acera y los vi marchar en dirección contraria a la mía. Él empujaba la bici de ella, que lo agarraba del brazo.

Mientras pasaba junto al antiguo cabaré Lorry y los pequeños jardines, pensé que tal vez mi madre dijera la verdad. Quizá no se sintiera dividida o desgarrada entre el recuerdo de un joven oficial alemán que leía a Henrik Ibsen y un profesor de manualidades no tan joven que se tomó la molestia de fabricar una casa de muñecas para su hija. Tal vez hubiera pasado tanto tiempo que, por supuesto, había renunciado a cualquier esperanza de que su oficial, como el marinero de *La dama del mar*, fuera a regresar un día para llevarla consigo. Regresar después de tantos años, para que la añoranza, la vergüenza y la soledad no hubieran sido en vano. Si se hubiera quedado con Ejgil y mi padre hubiera vuelto, y Ejgil, apacible y generoso, la hubiera dejado elegir,

¿no habría preferido al profesor de manualidades antes que al oficial que la había hecho esperar tanto tiempo? ¿No le habría parecido Thomas un extraño? Quizá. Pero si lo que desgarraba a mi madre no era un sueño imposible, ¿qué fue lo que la retuvo?

Con el paso de los años, Sigrid se había endurecido, y creo que repelía a la gente, seguramente sin saberlo. Si le preguntaba por qué no se relacionaba con nadie, respondía que prefería leer que decir tonterías. «Si puedo hablar con Dostoievski, ¿para qué quiero hablar con una lavandera?», decía, satisfecha a ojos vistas con la frase. O con un profesor de manualidades, pensé. Siempre había tenido libros, también antes de la historia con Thomas Hoffmann. Libros y expectativas, por vagas que fueran, de algo más.

¿Sintió Henning en alguna ocasión desgarró? ¿Cuánto tiempo duró vuestra vida secreta antes de la avalancha? ¿La sensación de culpabilidad llegó a haceros sufrir, o lo que os movió fue solo la aventura y la facilidad de atravesar una pared invisible a otro mundo paralelo al que habíais conocido? Otra versión, que no habíais creído posible y que tal vez ni siquiera imaginasteis. Otros labios, otro par de ojos, otras manos. Otro olor. La fabulosa ligereza cuando ocurre lo inesperado y una siente que podría convertirse en alguien diferente, libre al fin.

Tú eras la ligereza, Anna. Comprendo a Henning. Podía hablar con él, podíamos fantasear juntos, pero, aunque yo no era nada melancólica, podía darse cuenta de que mi exterior y mi interior a veces estaban desfasados. Lo comprendo bien. También a mí me aportaste calor. Cuando me conoció y, al poco tiempo, me invitó a castañas y vino tinto en casa de unos amigos que se llamaban Georg y Anna, yo seguía sintiéndome una criatura miserable, recién salida de un pasado gris al que no merecía la pena volver. Aprovechabas

cualquier oportunidad para montar una fiesta y armar barullo, siempre encontrabas algo divertido. Se enamoraría de ti al segundo, claro, sin saberlo. Casi no tuviste que hacer nada para recordárselo, y puede que ocurriera por uno de tus impulsos repentinos. Como cuando no podías pasar junto a un ciruelo en septiembre sin probar sus frutos. No sucedió por mala intención, estoy segura, y no imaginaste que te llevabas algo que me pertenecía. No pensabas en el futuro mientras te sentías envuelta en vuestro presente. Puede decirse que tenías más talento que yo para aprovechar las posibilidades de la vida. Sencillamente, necesitabas sentir con tus manos, con tus labios, hasta qué punto puede ser posible la vida. Se llama tomarse la vida con calma, y yo lo noté cuando ocupé tu lugar. Vaya, pensé, qué atractiva puede ser la vida, incluso los lunes. Fue como atravesar la pared invisible.

Al principio éramos muy pudorosos. Debíamos apagar la luz y hacer como que éramos otros. Porque son los mismos movimientos, la misma lucha noble, seas quien seas. Como si, cuerpo contra cuerpo, por un momento, una fuera solo un eslabón de la larga cadena humana de deseo y reproducción, como en los relieves de los templos hindúes, donde se copula a diestro y siniestro en una inmensidad afiligranada y multitudinaria. A la luz del día éramos Ellinor y Georg, algo bastante singular de por sí; y en la oscuridad, dos extraños que encajaban en la primigenia rutina, sintiendo alivio porque al menos no éramos tan extraños el uno para el otro como nuestros cuerpos. Al fin y al cabo, cualquiera puede echar un polvo o follar con quien quiera; solo cuando se añaden rostros se convierte en una historia de algo más que eso. Con el tiempo, llegaron los rostros. Comprendí qué había en su calma que debía de haberte parecido un escondite seguro, pero aun así seguía sin comprenderte. ¿Fue importante que él fuera mayor que tú, mientras Henning era de tu misma edad? Al principio era un misterio qué pudiste ver en Georg, pero después el misterio fue cómo pudiste preferir la inconstancia de Henning a la seguridad de Georg. Ocupar tu lugar no me ha ayudado a comprenderte mejor. Te quiero,

Anna, y nunca te he comprendido. De lo contrario, no sé qué habría sido de mí. Es terrible decirlo, pero te estoy agradecida por muchas cosas.

Por supuesto, Georg habló con los chicos antes de que me mudara allí. Vino a mi casa a comunicarme el resultado de la negociación. Tu padre, como siempre, los había llevado a un partido de fútbol. Mientras tanto, yo había borrado todas las huellas de Henning, y el piso parecía haber sido siempre el hogar de una mujer sola. Se tomaron la noticia como suelen tomarse los chicos este tipo de cosas, con bastante frialdad. Preguntaron dónde iba a dormir, pero no comentaron la respuesta. Estábamos los dos en casa cuando volvieron. Debí de facilitar las cosas que, como siempre, tu padre estuviera tan contento de verme. La primera noche fue algo embarazosa, pero aquello pasó pronto. Los primeros días les daba a entender mediante pequeñas observaciones que no quería que te olvidasen ni que dejaran de sentirse tristes por tu ausencia. Todas las noches hablábamos de ti, les contaba cosas que había compartido contigo, y ellos me contaban historias de vuestras vacaciones. Parecía que estuvieras en algún lugar escuchando. Y así era. Estabas como un pájaro posado en una rama, ora aquí, ora allí, en mis ramificaciones mentales de momentos recordados.

Participabas en la vida cotidiana y te mencionábamos con frecuencia. Al principio, los chicos me ayudaban mucho cuando me levantaba por la mañana y les preparaba los bocadillos para la escuela, o cuando regresaban por la tarde con un grupo de amigos bulliciosos. Estaba sorprendida por lo mucho que se les permitía. Tú no habrías consentido tanto, Anna, pero ¿qué quieres que hiciera? Hasta pasados unos años, no pude instaurar mis propias reglas, mientras Georg, los chicos y yo nos enfrentábamos a las adversidades y tentaciones de un nuevo tramo de edad. Comprendía mejor todo, incluso cuando las cosas se ponían serias y descubrí que habían empezado a confiar en mí. Con cierto retraso, me di cuenta de que me apreciaban. No era algo que pregonasen a los cuatro vientos, pero recibía con cuentagotas algo del amor con el que colmaban a su padre. Fuimos descubriendo una forma de tratarnos

alegre, a menudo burlona, que con el tiempo llegó a reflejar todo lo que no nos decimos. Creo que habría sido una buena madre si hubiera podido.

Georg y yo seguimos quedándonos a charlar por la noche, cuando los mellizos estaban acostados. Los primeros años, apenas veíamos la televisión. Él me hablaba de su infancia en una granja de Jutlandia, de sus hermanos y hermanas, y de sus años de juventud, o me contaba lo que había ocurrido en el trabajo ese día. Le iba bien, y lo ascendían sin cesar. Yo hablaba también de mi infancia, y algunas veces estuve tentada de hablarle de Thomas Hoffmann, pero me abstuve. No era porque no confiara en él. Estaba segura de que no habría sentido sino compasión por Sigrid y por mí. Me decía a mí misma que solo era una vieja historia de la guerra. Hoy en día a nadie se le ocurriría reprocharle nada a mi madre o condenarla como entonces, que fue repudiada y se aisló con su deshonra. Aun así, nunca dije nada. Supongo que pensar en la compasión de Georg me hacía callar, y después ya fue demasiado tarde. A medida que lo iba conociendo, comprendí que se habría sentido herido porque no le había contado la historia los primeros años.

Con el paso del tiempo, tampoco hablábamos tanto de Henning y de ti o de lo que ocurrió en los Dolomitas cuando éramos jóvenes. Hicimos amigos a los que nunca conocisteis, vivimos nuestra propia vida. Poco a poco, nuestra historia se hizo más larga que lo que llegó a ser la tuya y la de Georg. Éramos una pareja de verdad.

Georg hizo mucho por integrar a mi madre. Muchos domingos la invitábamos a comer a casa, ella y tus padres se turnaban para cuidar a los chicos cuando íbamos a salir, y siempre venía a festejar la Nochebuena. Los primeros años, pasábamos las navidades con todos los abuelos, hasta que los padres de Georg fueron demasiado viejos para viajar desde Jutlandia. Mi madre me sorprendía, era vivaz y atenta, y me di cuenta de que nunca la había visto desenvolverse con más gente. Nadie habría adivinado que era hija de un trabajador de Stege, al igual que nadie habría adivinado de quién era hija yo. Cuando estaba en mi acogedora casa, había momentos en los que sentía que

ambas éramos unas impostoras, mi madre y yo. La sensación siempre ha estado ahí, pero la mayor parte del tiempo dormitaba como un pez oscuro apenas visible, oculto en el fango bajo el flujo diario de acontecimientos, objetivos y planes. Solo de vez en cuando emergía por la noche en busca de aire, mientras Georg dormía a mi lado.

Nunca supe mostrarle ternura. Mientras yo aún vivía en casa, tuvimos una relación complicada, y los años siguientes descuidé telefonarla o visitarla. Ella tampoco era muy insistente. Se mantenía apartada, digna, hasta que me abrumaba la mala conciencia, y entonces la visitaba, irritable, irascible, dispuesta a marcharme enseguida. Georg debió de reparar en ello. Con su ejemplo me ayudó a apreciarla. Fue ella quien cuidó a Stefan y Morten una de las pocas veces que Georg consiguió convencerme para hacer un viaje. Era Semana Santa, y justo aquel año tus padres iban a Salerno a visitar a la familia de él. Georg creía que era demasiado complicado llevar a los chicos a Jutlandia, y me preguntó qué me parecía. Mi madre se sintió muy honrada por la confianza que le mostró. Georg bajó al centro y fue a buscarla a Amerikavej, para que no tuviera que tomar el suburbano con la maleta a cuestas. La primavera se había adelantado, y estuvimos en la terraza bajo el sol intenso de la tarde, juntas por primera vez en mucho tiempo. Georg y yo íbamos a tomar el tren a París unas horas más tarde. «Qué bien vives», dijo, mientras cerraba los ojos al sol. «Sí», contesté. Por un súbito impulso, extendí el brazo en busca de su mano, que colgaba floja del brazo de la hamaca. Estuve a punto de arrepentirme, pero de todas formas lo hice, y noté que sus dedos se entrecruzaban con los míos.

Cayó enferma un par de años después. Tras un largo periodo de operaciones, tratamientos, esperanzas y recaídas, de pronto todo se aceleró. La visitaba en el hospital a diario. Me contó cosas que nunca me había contado. Después de mudarme yo al piso de la viuda de Søndre Fasanvej, mi madre había conocido a varios hombres. Disfrutaba con mi desconcierto. Nunca fueron relaciones duraderas, pero habían sido más de unos pocos. La

divertía enumerar sus cualidades y sus defectos, y lo diferentes que eran. Adquirió un tono casi frívolo, y me sorprendió verla así, pero ¿por qué no lanzarse, si alguien se interesaba por ella? Me decía a mí misma que era su alegría la que me irritaba. Pero ¿por qué? No mencionaba a mi padre, y cada vez estaba más débil para decir algo más que unas palabras. Una de las últimas veces que la vi, le pregunté si nunca había pensado averiguar qué había sido de él. Ella yacía con los ojos cerrados, medio amodorrada por la medicación. Parecía una anciana, pese a no haber cumplido los sesenta. Cuando creía que se había dormido, de pronto levantó un brazo e hizo unos gestos vagos mientras murmuraba algo que no entendí.

Cuando volví al día siguiente, estuvo casi todo el tiempo dormida. Llamaron del hospital a primera hora de la noche. Fue Georg quien contestó. Para cuando llegamos allí era demasiado tarde. La enfermera le había juntado las manos: parecía dormir. Georg me rodeó con sus brazos, y escondí mi rostro en su pecho. No podía decirle el alivio que sentía.

Echo de menos a mi marido, a nuestro marido, lo añoro muchísimo. Hay momentos en los que no puedo estar en ningún sitio. Entonces pienso que fue un gran error mudarme a Amerikavej. Aquí no iba a encontrarme si regresaba. No me he vuelto loca. Me he dado cuenta de que no tiene sentido que una persona concilie añoranza y sensatez; no, al menos, a costa de la añoranza. Como si pudiera quererlo menos solo porque esté muerto. La finalidad de las palabras nunca ha sido esa. Por eso te hablo a ti.

Hay momentos en los que no puedo albergar su ausencia; y es una sensación física, Anna, no es una metáfora. Entonces salgo a la calle, como hacía cuando era una adolescente, y después, cuando fui madrastra de tus hijos en mi autoelegido exilio. Pero Anna, me he prometido a mí misma no volver a vivir

en una casa unifamiliar de las afueras. Camino al azar por la ciudad, guiada por impulsos repentinos o por algo que capta mi atención. Mientras camino, me olvido de mí misma: solo soy los mismos ojos en las mismas calles de siempre. La ciudad se ha transformado, como yo. La ciudad es la misma, como yo. A veces voy al barrio antiguo y paseo por las viejas callejuelas; otras veces, salgo hasta el extremo de Frederiksberg y más allá, hasta Vanløse. He intentado buscar la fábrica de cartón donde Sigrid encontró trabajo cuando llegó a la ciudad, pero creo que la han demolido.

Estás como un pájaro posado en mis ramificaciones mentales, y de vez en cuando sacudes las alas, echas a volar y te posas en otro sitio. Hay algo que quieres preguntarme, lo sé. Quieres saber por qué nunca he tratado de averiguar qué fue de mi padre. Porque hoy en día es posible hacer esas búsquedas, incluso se montan programas de televisión al respecto. Nada tiene más éxito en *prime time* que un reencuentro ahogado en llanto. Pero quién sabe si se habría alegrado de verme. Al fin y al cabo, no tenía ni idea de mi existencia. Pero es que es eso, me dirás. ¿Cómo he podido aceptarlo? ¿Que él nunca llegara a saberlo?

No lo entiendes. Después de unos años, caí en la cuenta de lo que creo que quería decir mi madre con su vago movimiento de la mano y su murmullo abotagado por la medicación. Daba igual. Podría haber vuelto después de la guerra en caso de seguir vivo. Pero no volvió, fuera porque estaba muerto, porque la había olvidado o porque quiso otra cosa, y, si no volvió por iniciativa propia, daba igual. Si no volvía porque no quería, daba igual que siguiera vivo. Creo que mi madre pensaba en esos términos. Le supongo esa clase de orgullo, pero también le supongo esa vulnerable confianza.

Cuando me mudé a casa de Georg y los chicos, hice enmarcar la foto en la que tú y él bailáis *slowfox* unos años antes de que nos conociéramos. Colgaba de la pared del cuarto de los chicos, para que vieran cuánto se habían querido su madre y su padre. Es lo único importante para un niño. Perdonamos a nuestros padres cuando se olvidan de nosotros, siempre que ellos se quieran.

Pienso en ello cada vez que intento imaginarme a Thomas Hoffmann aquel verano con mi madre, bajo la luna de agosto, junto a la cala.

# Notas

1. Vestido de otra manera. (*N. del T.*)

*A veces estoy contenta, pero tengo ganas de llorar*  
Jens Christian Grøndahl

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Tit er jeg glad*

Ilustración de la portada: My Name Is Tabitha (2010). © Lu Cong

© Jens Christian Grøndahl og Gyldendal, 2016

De la traducción: © Juan Mari Mendizabal Sarasua, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.  
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-9066-734-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

